BOLSILIBROS BRUGUERA

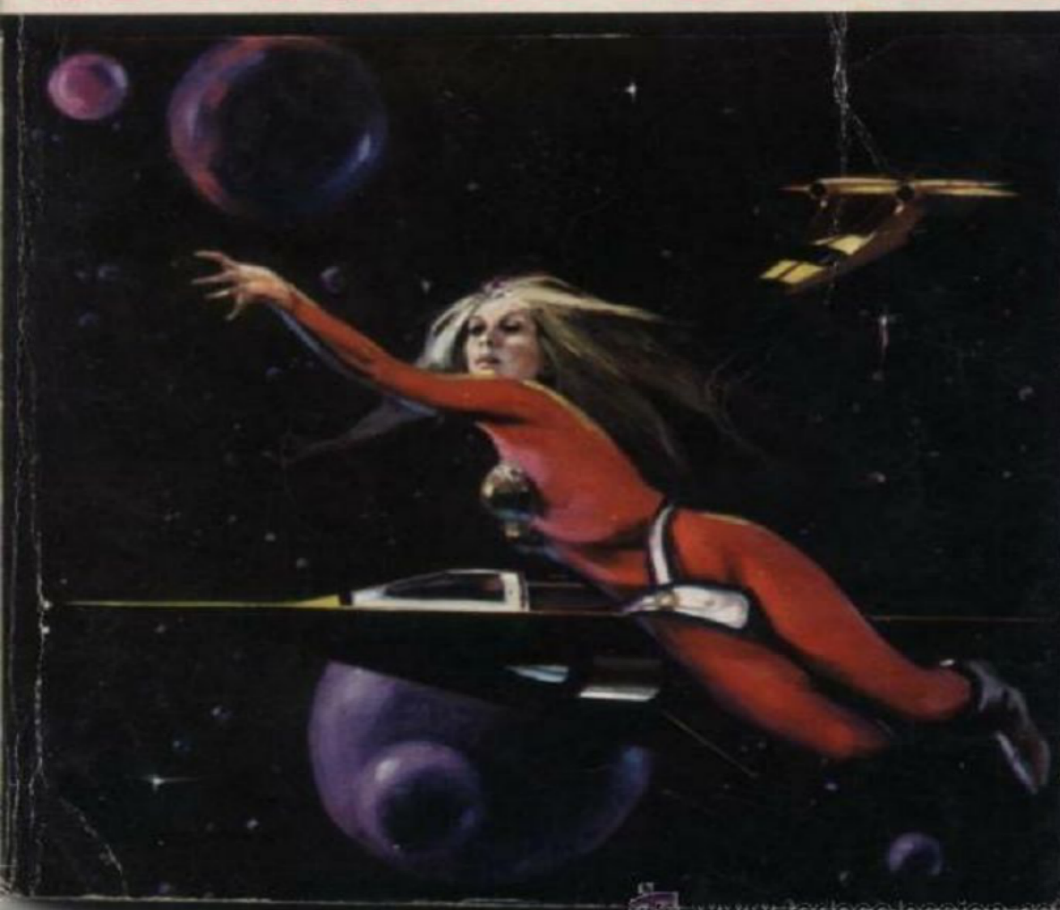
SORTEO DEL MILLON

la conquista DEL ESPACIO

TERROR EN EL INFINITO

j. chandley

CIENCIA FICCION



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

J. CHANDLEY

TERROR EN

EL INFINITO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 153
Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 21.211 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: julio, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1973

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

<

1. — *Los desterrados,* Marcus Sidéreo

1. — *Guerrilleros del espacio,* Ralph Barby

2. — *Monstruos robots,* J. Chandley

3. — *Saga de dragón,* Curtís Garland

4. — *Ultimo aviso,* Marcus Sidéreo

CAPITULO PRIMERO

Levantó la cabeza y miró hacia el firmamento...

En aquellos momentos estaba tachonado de puntos luminosos en los que refulgían unos más que otros, contribuyendo a que el contraste fuera mayor con la noche oscura.

—Es impresionante la bóveda celeste... ¡Cuántos misterios encierra el infinito...!

Jerry Bennett acarició los cabellos sedosos de aquella mujer que el día anterior se había convertido en su esposa.

— ¿Ves aquel grupo de estrellas...?

— ¿Cuál?

—Allí donde te señalo.

—Si.

—Forma la constelación boreal denominada Osa Mayor, fácil de reconocer por el brillo de siete de sus estrellas que semejan, en conjunto, un carro sin ruedas...

—Sí, es verdad.

—A su lado, a tres distancias imaginarias de lo que podríamos llamar la parte trasera del carro e invertidamente y de parecido formato, se encuentra la Osa Menor, de estrellas menos brillantes y entre ellas la polar.

Ella se agitó entre sus brazos. Cynthia era muy bonita, rubia y escultural. Jerry estaba enamorado.

Siguiendo el hilo de sus pensamientos, éste continuó:

—En ocasiones, contemplando esta inmensidad celeste, me pregunto por la existencia de otros mundos, cómo serán, de qué modo vivirán...

Y tras una breve pausa durante la cual depositó un cálido beso en la mejilla de su esposa, prosiguió:

—Pero no hablemos de eso ahora. Digamos sencillamente que todas las estrellas se han puesto de acuerdo para brillar en nuestro honor. Un digno marco para el amor. ¿No te parece, Cynthia?

La bella mujer se volvió a estremecer entre sus brazos y de pronto manifestó con voz un poco temblorosa quizá y como pidiendo disculpas:

— ¿Sabes, Jerry...? Nos hemos casado, somos marido y mujer y no quisiera que desconocieras nada de mí.

— ¿Te refieres a tu pasado...? Ya me lo contaste, creo yo.

—Se trata de algo más, de mi carácter.

—Referente a eso sé que eres adorable. Por lo menos así lo considero.

—Existe una faceta que ignoras.

—No hay que precipitar los acontecimientos. Te iré descubriendo poco a poco, al igual que tú a mí. Suelen decir que los principios en el matrimonio... —Es que quiero que lo sepas, Jerry.

—Pues adelante. Si tan importante te parece...

—Lo es, por lo menos lo será para nuestro futuro, para nuestra convivencia.

—Estás logrando que me intrigue.

—Jerry..., soy una mujer muy celosa, tremendamente celosa...

—Eso no tiene importancia, mujer...

Soltó la carcajada y se inclinó para besarla e infundirle seguridad, como una muestra de que no le daría ocasión a suscitarlos.

Luego manifestó:

—Te diré que esto es patrimonio del cariño y que no me desagrada.

—Espera..., todavía no te lo he dicho todo...

El pudo darse perfecta cuenta de que se estremecía y preguntó:

— ¿Qué es ese todo...?

—A veces... oigo voces dentro de mí, unas voces extrañas y distintas...

— ¿Qué dices?

—Te estoy diciendo la verdad, Jerry. Por eso quería que lo supieras.

— ¿No será todo ello imaginaciones tuyas?

—No. En un principio pensaba que se trataban de infundados presentimientos, de una equívoca intuición, pero en dos ocasiones me pareció escucharlas con tanta claridad...

Hizo una pausa en la que se apreciaba hallarse sobrecogida, para luego proseguir:

—Sucedió un día en que me iba a marchar con un grupo de amigas y amigos de excursión... Estábamos ya a punto de subir a los vehículos que pilotaban los muchachos y de pronto pareció que una voz me advertía: «No vayas, va a ocurrir algo»,

—Pero, Cynthia, eso son tonterías.

—No sé lo que son, Jerry. Por el amor de Dios, escúchame con atención. Es importante para nuestro matrimonio que estés enterado de lo que me sucede.

—Adelante, te escucho.

—Me autosugestioné y no fui...

—¿ Y?

—Tuvieron un accidente, se despeñaron por un barranco…

Cynthia volvió a estremecerse en los brazos de su marido, quien quedó pensativo para luego manifestar:

—Sería una casualidad. Hay tantas casualidades en la vida que en ocasiones suelen coincidir con algún hecho y entonces pretendemos desorbitarlo más de la cuenta.

—Dejemos por sentado eso que dices. Pero… si hubiera sido una vez… Me ha sucedido otras tantas veces.

—¡Bah…! Bueno y en último de los casos, ahora me tienes a tu lado. Apartaré de ti esas voces, te defenderé de todos esos fantasmas.

—Jerry…, es que precisamente…, precisamente anoche volví a escuchar esa voz.

—¿Qué estás diciendo?

—Y ahora, hace un momento, mientras contemplaba el cielo, mientras me fijaba en todas esas estrellas que me estabas explicando, he vuelto a sentir ese soplo que me avisa de algo que va a ocurrir, algo desagradable y tenebroso, algo que no sé explicar pero que presiento.

—Cynthia, por favor… No seas niña.

Jerry se rió. La risa de Jerry era jovial, inspiraba seguridad, confianza, y al hacerlo, parecía que toda la bruma de misterio e incluso la misma oscuridad desapareciera de su alrededor.

Pero aun así, Cynthia seguía en su obsesión. Aquel presentimiento…

Por eso se atrevió a balbucear, de forma un poco tímida:

—¿Por qué no nos vamos, Jerry querido…? ¿Por qué no regresamos?

El se exaltó e incluso pareció enfadarse.

—¿Estropear nuestro viaje de luna de miel? ¿Hacer caso de una niñería…? Me reiría de mí mismo, Cynthia… ¡Oh, no, de ninguna de las maneras…!

Al tiempo que le hablaba le iba prodigando sus caricias y con vehemencia, prosiguió:

—Por nada del mundo renunciaría a este lugar tan maravilloso. ¿Es que todavía no te has dado cuenta de todo cuanto nos rodea?

—Sí, Jerry… El día me parece maravilloso: el mar, las olas, el calor acariciador del sol… Todo resulta maravilloso… Pero cuando llega la noche, esta soledad, este silencio… He vuelto a oír la voz y presiento que algo desagradable nos va a suceder.

—¿Quieres terminar de decir tonterías? Voy a enfadarme… y constituirá nuestra primera regañeta de casados. ¿Crees que resultaría agradable que en nuestro segundo día de matrimonio… comenzáramos ya la «guerra matrimonial»?

—¡Oh, no, claro que no…!

—En tal caso, punto en boca. Disfrutemos plenamente de nuestro

amor sin perder un solo segundo, Cynthia.

Ella guardó silencio contemplando el firmamento. Las estrellas brillaban tanto, que bajó los párpados porque le molestaban sus centelleos. .

—Vamos a dar un paseo. Será lo mejor para distraerte de esa obsesión que parece embargarte.

—¿Un paseo…? Está muy oscuro, Jerry.

—No temas, iremos hacia arriba.

—Pero… somos los únicos que habitamos en este lugar y no existe ningún ser humano a varias millas a la redonda…

—Estamos nosotros y precisamente hemos venido en busca de soledad. No olvides esto, querida.

—Me impone.

Jerry volvió a reír y se puso en pie, obligándola a que ella hiciera lo mismo.

La joven se aferró al brazo de su marido y como una niña temerosa se apretó a su costado, temiendo que, de un momento a otro, de la oscuridad pudiera surgir algo que les ocasionara un daño irreparable.

El corazón le latía con fuerza y ella sólo sabía lo que estaba pasando.

—Jerry, hazme caso… Vámonos a la villa y cerremos todas las puertas.

—¡Oh, no, no…! Tienes que saber imponerte, dominarte. Nadie más que tú puede ayudarte a salir airosa de esto por constituir meras imaginaciones tuyas.

—Yo…

—Anda, tienes que prometerme que vas a estar tranquila. Te encuentras a mi lado y la noche es maravillosa… Pues disfrutemos de nuestro amor, criatura. ¿No te das cuenta del marco tan sublime que nos rodea?

Caminaban y el ruido de sus pasos se notaba más en el silencio nocturno y al presionar la grava bajo sus plantas, el crujir de la misma sonaba de una forma extraña.

Ella seguía agitada, pese a hacer todos los posibles para dominarse.

De pronto Cynthia lanzó un grito que resultó escalofriante, estertóreo:

—¡Jerry…! ¿Has visto…?

Se asió con más fuerza al brazo varonil, con tanta que clavó sus uñas en la carne del hombre.

—¿Qué tengo que ver…? Me estás poniendo nervioso, Cynthia.

En efecto, se había alterado. Quería infundir tranquilidad a su esposa y resultaba que era él quien se estaba excitando.

—Es como un cuerpo, algo que se arrastra...

—Será algún animalito nocturno.

—No, no, demasiado grande para ser eso. Volvamos a casa. ¡Corre...!

—¿Quieres estarte quieta? ¿No ves que si corres y se trata de...?-

—¿De qué...? —inquirió ella sofocada.

—Pues qué sé yo..., de alguna culebra o algo así. Podría ser peor y entonces emprender nuestra persecución.

—¿Por qué se te ha ocurrido decir que se trata de alguna culebra?

—Calla... Después de tu grito me ha parecido oír como un silbido, algo extraño o metálico...

—¡Oh, Dios mío...! ¡Jerry, Jerry..., me parece que me voy a desmayar...!

El la sujetó con fuerza.

Jerry Bennett era un muchacho fuerte, de estatura más bien alta y de músculos acerados.

Era cierto que había oído aquel extraño silbido y esto le hizo pensar inmediatamente en una serpiente y quería, antes de emprender la retirada, saber dónde estaba el enemigo.

—¡Allí...!

Señaló Cynthia con un hilo de voz a un bulto oscuro que, en efecto, parecía estar reptando por los suelos.

Aquel silbido, de súbito, se hizo más estridente, algo así como si absorbieran el aire y luego lo expulsaran haciendo un ruido que ponía los pelos de punta.

—¡Corramos, Jerry...!

Ahora él pensó que lo mejor era poner tierra por medio.

Aquello ya no constituían meras fantasías de su esposa, era una realidad puesto que él también podía escuchar aquello extraño.

Cogió con fuerza el brazo de Cynthia y comenzaron a correr.

Pero apenas si dieron unos pasos, cuando tropezaron con algo y dieron de lleno en el suelo.

—¡Jerry...!

—Estoy aquí. ¿Dónde estás tú...?

El extendió los brazos buscando a su esposa.

Inesperadamente ella comenzó a gritar y sus gritos eran escalofriantes, puesto que estaban presididos por el pánico.

Jerry, sudoroso y agitado, trató de ponerse de pie y de súbito sucedió aquello que le dejó paralizado, aquello que parecía extraño y diabólico.

A unos metros de donde estaba, la oscuridad fue reemplazada por una gran luminosidad, como si concurrieran en ello miles de focos de alta potencia, para apreciarse luego una masa fosforescente y brillante a la vez.

Quedó cegado por unos momentos y luego pudo ver una sombra, algo alto y tremendamente delgado que llevaba a Cynthia arrastrándola en dirección hacia aquella zona invadida de luz.

—¡Jerry..., Jerry!... ¡Socorro..., socorro!... Intentó correr hacia allí y apreció que dos sombras más se dirigían hacia aquello brillante.

Pretendió alcanzarlas, pero la intensa luz en aquellos momentos le cegaba, le dañaba los ojos, tanto que tuvo que ponerse las manos a modo de visera.

Pudo distinguir cómo se abría una escotilla emitiendo un ruido tenue, pero al mismo tiempo intenso, y aquellas sombras gigantescas desaparecieron en el interior con Cynthia.

Jerry se quedó petrificado, anonadado, y tardó unos instantes en reaccionar.

Cuando corrió hacia allí, aquel objeto misterioso volvió a quedar a oscuras y comenzó a tomar altura, esfumándose en la oscuridad de la noche, como nefasta ave nocturna que surca el firmamento.

La garganta la tenía seca, le acometía una angustia tremenda que creía iba a ahogarle.

Miró a su alrededor, incluso se pellizcó puesto que cae todo aquello debía de ser producto de su imaginación o una esporádica pesadilla de la que iba a despertar de un momento a otro.

—¡Cynthia...! ¡¡Cynthia...!!

Se oyó gritar muy fuerte y miró a su alrededor...

No, no constituía una imaginación... Estaba de pie y sentía un dolor intenso en su corazón por lo que terminaba de suceder.

Comenzó a correr como un loco en demanda de auxilio. Pero... por allí no había nadie y menos en aquella época...

Abatido, regresó hacia el lugar donde había ocurrido todo aquello.

Un silencio sepulcral imperaba allí, como momentos antes. Todo estaba tranquilo únicamente alterado por las olas del mar que sonaban rítmicamente...

Hacia arriba las estrellas seguían con sus guiños, al igual que cuando tenía a Cynthia a su lado, pero ella ya no estaba, ya no estaba...

se repetía:

—¡Cynthia..., Cynthia...! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué nos ha pasado...?

Transcurridos los primeros instantes de aturdimiento, se dio cuenta que lo más urgente era irse en solicitud de ayuda.

CAPITULO II

Se ahogaba, algo oprimía su garganta y le faltaba la respiración... Era como si hubiesen taponado su boca impidiéndole la entrada del aire.

Se agitaba toda, llena de convulsiones…

Su mano fue a posarse en su garganta y la arañó como si con ello pretendiera dar paso a ese aire que le era tan necesario y hallar con ello su salvación.

Con los ojos desorbitados y con aquellas convulsiones, Cynthia creía morir mientras exclamaba:

—¡Jerry…, Jerry!… ¡Oh, Jerry!… ¿Qué me está sucediendo…?

Vio unas sombras que se movían a su alrededor.

Creyó en un principio que estaba en un bosque, que eran árboles que se mecían al impulso del viento, que se inclinaban para luego enderezarse de nuevo…

Todo resultaba confuso a su alrededor, incluso aquellos extraños sonidos, como si graznaran pajarracos formando un conglomerado tan desconocido o si de olas, viento y aves se amalgamaran a la vez.

Pudo apreciar que aquello alto como un árbol se inclinaba hacia ella y gritó:

—¡Socorro…! ¡Jerry, Jerry…!

Algo como cortos tentáculos se le iba acercando hasta tocar su brazo, para luego sujetarla con fuerza.

Vio muchos tentáculos por sus pies, por sus brazos, por su cuerpo y ya no pudo moverse por más tirones que daba, por más esfuerzos que hacía, permanecía inmóvil.

En aquella inmovilidad sintió aquel roce áspero y resbaladizo a la vez. Creyó volverse loca de aprensión.

Tuvo que dejar de forcejear porque ahora se ahogaba con más intensidad y apenas si tenía aire en sus pulmones.

En su desvanecimiento notó un pinchazo en la parte anterior de la conjunción del brazo con el antebrazo, concretamente donde la vena aparece más superficial.

Acto seguido de esto, - un calorcillo suave fue penetrando en su cuerpo, como si caldearan su sangre, para luego invadirle una paz confortable.

Ya no sintió ahogo, ya no se agitó para librarse de aquellos tentáculos que la sujetaban.

Antes de perder totalmente el conocimiento, Cynthia supo que pensaba:

«Esto es la muerte… Debo de estar dejando de existir… Ya no tengo fuerzas… ¡Dios mío!»

Rodeando a la muchacha, aquello que a ella le parecieron unos árboles altos, siguieron contemplándola y después uno de ellos levantó la mano y los otros la soltaron.

Aquellas voces extrañas como graznidos, dejaron oírse.

Posteriormente, uno de ellos procedió a punzar de nuevo la vena de la mujer e introducir con lentitud un líquido.

Después aquellos seres extraños que lo menos medían casi tres metros, se dirigieron a la sala donde estaban los complicados mandos de aquel vehículo.

En silencio, cada cual se dedicó al trabajo que tenía asignado y vigilando aquel panel electrónico indispensable para la buena marcha de la nave.

Cynthia tuvo nociones de que vivía cuando sus párpados se movieron y en sus sienes repercutían los latidos acompasados de su corazón.

Lentamente, como si notara una enorme pesadez, fue abriendo los ojos.

Antes de hacerlo del todo, pensó:

«He tenido una pesadilla, una pesadilla horrorosa. Se lo contaré a Jerry...»

Pensaba eso, pero cuando terminó de levantar los párpados, se estremeció violentamente de pies a cabeza al verse postrada en aquella cama que parecía de operaciones y el percibir aquel silbido estridente.

Se incorporó. Le dio la impresión que se encontraba a bordo de una extraña nave.

Momentos después reparó en aquellos seres anormales...

Uno de ellos fue avanzando hacia el lecho donde estaba ella para observarla más de cerca y quedó a su lado.

Aquél era un ser de alta estatura, de una piel verdosa... No supo por qué, pero estableció la comparación con un sapo e incluso se le antojó que sus ojos eran algo saltones y brillantes.

Debió desmayarse ante aquella visión.

Cuando volvió en sí, todavía permanecía a su lado y entonces él levantó la mano haciéndole una señal que no comprendió.

Pero al aproximársele aquella mano, como si fuera a tocarla, casi gritó.

Aquel hombre, o lo que fuera, retrocedió unos pasos y en su boca se plasmó una mueca extraña, que la joven no supo interpretar si constituía una sonrisa o una amenaza, pero la dejó sola.

Observó que habían muchos más hombres de aquellos manejando mandos, comprobando lecturas, haciendo cálculos...

Los nervios se apoderaron de nuevo de ella y exclamó:

—¡Jerry..., Jerry...! ¿Dónde estoy...?

Pero nadie acudió a su lado.

Aquellos seres de piel dé una tonalidad verdosa le habían dado la espalda y ella creyó que se estaba volviendo loca.

—Respiro..., estoy viva... ¿Pero dónde, Dios mío...? ¿Dónde me encuentro...?

Trató de recordar y le vino a la mente su paseo con Jerry por

aquel lugar solitario, su presentimiento, las voces de alarma que le pareció escuchar…

Sí, ahora se acordaba… Luego el tropezar con algo que al tocarlo le pareció la piel de una serpiente, el sentir cómo aquellos tentáculos la sujetaban, cómo su vista quedaba cegada y más tarde aquel ahogo y las contorsiones que le originaban la falta de aire.

¿Acaso se encontraría en el fondo del mar…? No era esto posible puesto que no respiraría. Además, aquello tenía paredes.

Volvió a incorporarse con lentitud y miró con más atención a su alrededor.

Pudo darse cuenta de que en las paredes había unos enormes ventanales de recio cristal, pero lo que se apreciaba a través de ellos era una compacta oscuridad, oscuridad y… gran número de estrellas.

Un sudor frío perló su frente. Su mirada quedó fija, como hipnotizada ante aquel paisaje.

Oscuridad y estrellas, unas más grandes que otras e incluso algunas parecía que se acercaban a gran velocidad…

Un escalofrío recorrió su médula. Aquello le hizo suponer que se hallaba en el espacio.

De nuevo invocó a su marido:

—¡Jerry, Jerry…! ¿Dónde estás…?

Su pregunta quedó sin respuesta.

Aquel hombre de piel peculiar volvió a aproximársele y observarla con atención, con suma curiosidad, igual que se contempla un ejemplar raro al que se ve por primera vez y suscita el asombro.

¿Era posible…? ¿Era una realidad aquello y no se trataba de una pesadilla…?

Miles de preguntas acudían a su mente. Jerry le había hablado mucho de los viajes espaciales y que un 4 día la llevaría con él para disfrutar de sus maravillas…

Así, pues, ¿se encontraba en el espacio, dentro de aquella nave, de aquello que brillaba intensamente cuando medio desvanecida se sintió transportada por no sabía qué o quién…?

¿Dónde iban? ¿Quiénes serían aquellos seres? ¿Pertenecerían a un planeta componente de otra galaxia…?

¿Sería cierto que descendieron a aquel lugar y cuando ella tropezó con uno de ellos se la llevó consigo? ¿Tenía que pensar que aquello tan fantástico era una realidad y existían más seres en el espacio…?

¿Acaso… estaba predestinada a descubrir algo sensacional, algo que nadie conocía y precisamente le había tocado a ella el vivir aquella aventura de un incierto retorno…?

—¡Oh, Jerry…! Me lo advirtieron las voces, lo presentí…

* * *

Jerry, cuando iban hacia aquel lugar de recreo, le había comunicado a Cynthia que quería contemplar un amanecer en el mar y a su lado,

Pero aquel amanecer se convirtió en algo tétrico, completamente diferente a lo que deseó.

El disco solar, imperturbable en sus funciones cotidianas, emergía de las aguas quietas en aquellas horas y que presentaban, según zonas, una tonalidad que variaba entre el azul y el rojo vivo.

Más..., todo esto no lo pudo admirar junto a su adorada...

El se encontraba en el despacho del jefe de policía, tratando de explicar lo que había sucedido y sin que dieran crédito a su relato.

Se mesaba los cabellos de impotencia y repetía, una y otra vez, que a su esposa se la habían llevado en un ingenio brillante que hizo su aparición en un lugar solitario donde ellos estaban pasando su luna de miel.

Le escuchaban, sí, le atendían amablemente y le miraban de un modo significativo, como tratando de averiguar si se hallaba en sus cabales...

—A mi esposa la han raptado, se la han llevado ha- arriba, hacia el firmamento... Ha desaparecido...

—Serénese y cuente con calma lo sucedido.

El estaba frenético, fuera de sí, lleno de dolor, desesperación, de angustia...

Jerry era un hombre ecuánime, sabía afrontar las situaciones por muy difíciles o arriesgadas que éstas fuesen.

Pero aquello, aquello... era superior a sus fuerzas.

Volvió a pasarse la mano por los cabellos, a limpiarse el sudor y repitió tratando de decir las cosas bien claras para que las pudieran entender:

—Me llamo Jerry Bennett, soy norteamericano y mi esposa también es de la misma nacionalidad. Vinimos aquí en viaje de novios, nuestra luna de miel...

Se detuvo, el sudor caía copiosamente de su frente. Quería llegar pronto a lo que le interesaba y debía de controlarse pese a toda su impaciencia.

—Estamos hospedados a orillas de la costa y hace unas horas que estoy intentando decir que, dando un paseo, una nave espacial que estaba posada sobre la tierra... ha levantado el vuelo con mi esposa dentro... Se la han llevado unos seres altos y muy delgados...

El oficial de turno de aquella noche siguió mirándole con atención.

Ordenó con una voz que denotaba que todavía se mostraba un

tanto incrédulo ante aquel relato, pero dispuesto a cumplir con su obligación, pese al poco crédito que aquellas palabras le producían:

—Prepárense y bien armados, que me acompañen seis de vosotros. Vamos al lugar que indica este señor.

Jerry tuvo un respiro de tranquilidad al comprobar que por lo menos comenzaban a creerle.

El oficial le indicó:

—Vaya usted delante para indicarnos con exactitud dónde se han desarrollado los acontecimientos.

No se hizo repetir la invitación. Subió a su vehículo, puso en marcha el motor y volvió la cabeza para comprobar que le seguían.

En efecto, la policía iba tras él a corta distancia.

Así fue cómo llegaron a las proximidades del escenario de los acontecimientos.

Se apeó del vehículo y el oficial, junto con los otros policías, hizo lo mismo.

—¿Es aquí?

—Sí, oficial.

En aquel amanecer el paisaje parecía distinto, las sombras se habían esfumado y ni rastro de aquellos seres extraños que se deslizaron por el suelo como si fueran reptiles y con los que él tropezó.

Nadie diría que fuera una realidad la aventura que contaba.

El mar permanecía tranquilo, las aguas claras, plateadas ya por efecto de los rayos solares...

Pero allí no había nada de nada, ni siquiera algún indicio que delatara la presencia de un aparato, de algo extraño que hubiera tomado tierra.

Debido a su trastorno emocional, a su impaciencia, por más que miraba nada veía, escapando 4 su percepción cualquier indicio delator.

Quizá se plasmó una sonrisa escéptica en aquellos hombres acostumbrados a enfrentarse con multitud de casos o también podría ser que suscitara su compasión.

De pronto Jerry se levantó y haciéndoles una seña con la mano, se encaminó hacia la villa.

—Vengan, les mostraré donde nos hospedamos mi esposa y yo, donde vinimos a pasar...

Iba a decir nuestra luna de miel, pero esto le sonaba a algo irónico.

Le siguieron. Caminaban aprisa. Resultaba conmovedor el contemplar la desolación de aquel hombre.

Empujó la verja y entraron. El jardín a aquellas horas de la mañana, estaba en todo su esplendor y las hojas brillaban por

mantener todavía la humedad del rocío y... todo era silencio a su alrededor.

Jerry apoyó la mano en la puerta y ésta cedió, pues no la habían cerrado cuando salieron, a dar aquel paseo y al ver las ropas de Cynthia, sus cosas, su voluntad se tambaleó.

—Esto es de mi esposa, todas esas cosas y ésta su fotografía...

Los agentes lo contemplaron todo de forma respetuosa e intrigados.

Pudieron darse cuenta que la imagen plasmada en aquella cartulina, pertenecía a una mujer muy hermosa, de cabellos largos, rubios, de ojos azules...

—Aquí está su bolso, todo... Creo que me voy a volver loco, si es que no lo estoy...

Trataron de calmarle y el oficial le dijo:

—Se hará todo lo necesario. Tranquilícese. Inmediatamente organizaremos la búsqueda de su esposa. No se preocupe... Quizá se la hayan llevado con algún vehículo terrestre y en la oscuridad de la noche le hiciera el efecto que ascendía sobre lo alto.

—No, lo he visto bien.

—De todos modos, probablemente se trate de un rapto y no tardará en conocer los motivos. A lo mejor le piden cierta cantidad por su rescate. Será mejor que se instale en la ciudad y no siga en este lugar solitario.

Jerry se quedó mirando al oficial que terminaba de decirle aquellas palabras... y se aferró a aquella esperanza, quiso asirse a la idea de que la habían raptado para lucrarse, que, en efecto, se trataba de un vehículo terrestre con el que se la llevaron.

Estaba tan agotado, que ya dudaba de él mismo, diciéndose que a lo mejor tenían razón y todo lo acontecido no era más que producto de su imaginación viendo algo oscuro que se elevaba, que se perdía en el firmamento, cuando únicamente se trataría de una banda de malhechores los que habían cometido el rapto.

—Pero si solicitan rescate, lo lógico es que envíen su demanda a este lugar.

—En ese caso puede quedarse aquí, si así lo desea. Una pareja montará guardia convenientemente ocultos.

—Sí, sí..., quizá sea lo mejor. No debo de moverme de aquí. Probablemente los raptores no tarden en dar señales de vida. Si es dinero lo que quieren..., les daré cuanto poseo a cambio de la devolución de mi esposa...

Suspiró y luego exclamó:

—¡Y ella que estaba tan asustada...! ¡Y esas voces cae escuchó como presagio de un peligro...!

Los agentes se miraron entre ellos con una expresión que parecía

indicar:

«Este hombre está loco, loco perdido...»

Sin embargo, existían hechos contundentes. Pues allí estaba la ropa de su esposa, sus efectos personales, así como la documentación que confirmaba que ella existía.

El oficial ordenó a dos de los agentes que se quedaran para vigilar desde un lugar discreto. Luego, los restantes, con su jefe, emprendieron el regreso.

—Me parece que ese hombre sufre alucinaciones. Si hoy en todo el día no ocurre nada, cosa que dudo, mejor será que... le vea un especialista.

—Yo pienso otra cosa.

-¿Qué?

El oficial sonrió un tanto escéptico y con ironía, manifestó:

—¡A ver si la mujer... se ha fugado con otro y lo que pretende es rodear el hecho de un cierto misterio para que su marido no sepa la verdad... ¡

—¿Quién sabe...? Todo podría ser.

—De todas maneras, nuestro deber es investigar.

—Y el último de los recursos —arguyó otro— se lo llevamos a un psiquiatra, pues, a mí me parece que la narración de ese hombre es ciertamente fantástica.

—A no ser que...

—¿El qué? Termina.

—Pues que sea verdad que existen esos seres. ¡ El oficial se quedó pensativo para luego decir:

—Si estuviéramos ante un caso de esta índole... ¡Válgame el cielo...!

No querían dejarse influenciar por el relato de aquel hombre que parecía trastornado, y, sin embargo, su credulidad se tambaleaba y ya estaban haciendo sus cábalas ante la posibilidad de un hecho real.

CAPITULO III

Cynthia escuchaba aquellas voces que no entendía, que no podía saber lo que decían.

Uno de aquellos seres altos y piel de tonalidad verdosa, se le aproximó con algo.

Su mano era delgada, sus dedos tenían un peculiar movimiento como si fueran tentáculos de un pulpo.

Llevaba una pastilla de un color verde que la colocó ante su rostro, a tiempo que pronunciaba una palabra que repetía constantemente: —Cluche..., cluche...

Naturalmente, ella no sabía lo que quería decir, no le entendía y aquel ser volvió a insistir: —¡Cluche, cluche...!

Cynthia hizo un movimiento de retroceso y miraba con aprensión a quien le ofrecía aquello.

Entonces éste partió lo que tenía en sus dedos largos y se llevó la mitad a su boca ingiriéndolo.

Entonces comprendió Cynthia lo que quiso decirle, pero por nada del mundo se comería aquello. Le producía un asco y una repulsión enormes.

Sintió unas náuseas que le nublaron la vista y su estómago se contraía, ya que le repugnaba la presencia de aquellos seres, aquella atmósfera extraña, aquel respirar que producían un ronquido extraño como si le costara asimilar el aire.

Sin embargo, respiraba, se encontraba allí con ellos...

Pensó que aquello debía de ser la comida con la que se alimentaban en que el color verde era el que imperaba, quizá por excesiva cantidad de clorofila, y, en consecuencia, de ahí el color de su piel.

Los ojos de aquel ser eran un tanto oblicuos y poseían una luz extraña, desconcertante.

Aquel personaje no hacía más que mirarla insistentemente, como preguntándose si aquel síntoma de repulsión, sería normal en los terrícolas.

Insistió una vez más, tendiéndole aquello:

—¡Cluche...!

Ante su tenaz insistencia, Cynthia movió la cabeza en señal negativa.

El que tenía frente a ella retrocedió. Si ella hubiera entendido su lenguaje, sabría que le decía al otro que la estaba contemplando más alejado:

—Son como diminutos elementos, débiles. Carecen de fortaleza.

La verdad es que si tenían que tomar modelo de aquella muchacha delicada y frágil, estarían en un gran error.

Pero ellos la contemplaban con aquella curiosidad de un ser extraño y seguían comentando:

—Esas reacciones..., esa prevención... ¿Tendrá miedo?

¿Qué clase de gente habrá en ese planeta...?

Para ellos la Tierra era un planeta desconocido y misterioso, como desconocidos y misteriosos resultaban ellos para los terrícolas y los demás que pudieran existir en el espacio.

—¿Qué hacemos...?

Quien parecía ostentar el mando de aquel grupo, se acercó a la mujer ofreciéndole reiteradamente aquella media pastilla pigmentada y que sostenía entre sus dedos largos y ondulantes:

—Cluche, cluche...

Ella denegó de nuevo y puso sus manos delante de ella como

dispuesta a defender su posición.

Un nuevo personaje hizo acto de presencia, con una indumentaria extraña de reflejos metálicos.

Se quedó mirando a la mujer desde lejos e hizo una señal a los demás.

Entonces ya no hubieron contemplaciones. Se acercaron a ella y pese a su negativa, la cogieron en volandas llevándola así hasta colocarla en una larga mesa.

Era algo parecido a las que se utilizan en los centros médicos y provista "de unos brazos que se accionaban automáticamente por mediación de un mando situado en un tablero próximo a aquel artefacto.

Inmediatamente quedó inmovilizada.

Alguien, una vez así, le inyectó otra vez aquel producto que le hacía sentir un confortable calor en todo su cuerpo, como si se tratara de un bálsamo que la fortificara.

Notó cómo comenzaba a respirar mejor, al igual que hubieran abierto una ventana cerca de ella y el aire vivificante penetrara libremente en sus pulmones.

La invadió una gran calma y con los ojos muy abiertos, estaba contemplando lo que sucedía a su alrededor.

Sin embargo, ya no podía moverse o gritar...

Entonces pudo comprobar que aquellos seres extraños se movían alrededor de la mesa donde estaba postrada, que palpaban sus brazos, sus piernas, sus cabellos...

Lo hacían de un modo como si estuvieran comprobando la consistencia o calidad de un material, de un algo inanimado que suscita la curiosidad.

Se dijo que estaba expuesta a la curiosidad y estudio de aquellos seres, que no respetaban absolutamente ninguna parte de su cuerpo, que analizaban el modo que estaban constituidas las personas de aquel lugar misterioso que, sin lugar a dudas, habían decidido explorar.

El que llegó el último, con el traje de reflejos metálicos, al parecer el jefe supremo, hablaba con los otros mientras señalaba a ella.

Cynthia, allí acostada y semidesnuda, veía aquellos rostros extraños de ojos saltones y rasgados que se inclinaban hacia el suyo para contemplarla más de cerca.

Se sentía llena de vergüenza por estar expuesta de aquella forma ante ellos.

Les veía accionar, gesticular y sin saber si era de risa o de amenaza; veía sus dientes y se preguntaba, una y otra vez, cuándo iba a terminar aquello o qué irían a hacerle.

De forma intuitiva pensó en los niños pequeños cuando personas mayores se inclinaban hacia la cuna para dedicarles una sonrisa o una

palabra.

Puede que a ellos los rostros también les parecieran grotescos, enormes y se hicieran la misma pregunta de quiénes podían ser para importunarles de aquel modo.

Pero ella no había vuelto a la infancia, no era ya una niña, sino una persona adulta con sus prejuicios y que se hallaba no sabía dónde expuesta a la curiosidad y en .compañía de unos seres a los que jamás había visto.

Quería infundirse serenidad, ser valiente y no perderse ningún detalle para que, de esta forma poder contarlo todo, publicarlo...

Después que aquellos seres sostuvieron una larga conferencia, se alejaron dejándola sola, pero permaneciendo sujeta por aquella especie de brazos automáticos.

Estaba exhausta por la tensión de nervios pasada.

En la bruma de sus pensamientos quiso fortalecerse planeando que si..., en alguna ocasión regresaba a la Tierra, si lo conseguía con vida, claro está..., publicaría su experiencia.

Todo aquello que tenía que contar sería tan fantástico que, sin lugar a dudas, se convertiría en la mujer más famosa del mundo, la más solicitada, la más interrogada...

Al cabo de un rato se fueron aflojando los brazos de sujeción, tras haber manipulado uno de ellos en el tablero de mandos, y quedó liberada, aunque bajo la vigilancia de quien accionó el pulsador.

Luego, poco a poco, se le fue acercando.

La mujer se tocó los lugares por donde había estado sujeta para luego incorporarse.

¡Qué extraño...! Sentía, como si lo que le habían introducido en la sangre, le hubiera proporcionado unas fuerzas misteriosas y con ellas una serenidad pasmosa, tanto como para dejarla impávida ante la proximidad de aquellos seres.

Aquel hombre volvió a decirle, mostrándole y ofreciéndole aquello verde:

—Cluche...

Ella, con movimientos pausados, lo cogió y se dio cuenta de que aquello era blando, como una masa de caucho o algo por el estilo.

El que le dio aquello le señaló la boca y ella se llevó un trozo y lo masticó. Parecía algo similar a un chicle, pero con gusto a hierbas aromáticas.

No era malo, no, y procedió a comérselo todo puesto que entonces paró en la cuenta de que tenía hambre, debido a las horas transcurridas sin tomar alimento.

Pareció que aquel ser la contemplaba complacido, para luego volverse hacia sus compañeros y decirles algo gritando y participarles su éxito.

Cynthia siguió comiendo hasta que concluyó con aquel alimento y luego esperó acontecimientos.

Tenía la impresión de que aquello iría a producirle alguna reacción misteriosa, algo imprevisto, como todo lo que le estaba pasando.

Pero no, se quedó satisfecha, con la sensación de haber deglutido un suculento menú en la Tierra, y total, lo que había comido eran unos gramos de peso que es lo que representaba aquel trozo de pasta.

El ser que se lo había dado pareció atreverse un poco más ante la docilidad de la muchacha, quien extendiendo su rara mano la cogió por el brazo y la invitó a que le siguiera.

Caminó lentamente al lado de aquel hombre altísimo, con aquellos ojos que miraban con luz tan extraña...

¿Qué podía hacer...? Estaba en sus manos y ella le siguió, además accedió guiada por la curiosidad que se había suscitado en ella por cuanto la rodeaba.

Pensó con filosofía:

«Puesto que el mal ya está hecho, que no tiene remedio; puesto que me hallo aquí, trataré de prefijar en mi mente cuanto pueda ver y averiguar.»

Pasaron por delante de los otros que seguían contemplándola con atención y fueron cruzando por unas grandes salas, inmensas, hasta llegar a una especie de campana de un material traslúcido, como si fuera cristal.

Situada en aquel mirador, le daba la sensación de que se encontraba suspendida en el espacio.

Pero su acompañante la siguió guiando hasta llegar ante una pantalla opaca, semejante a la de un televisor.

Le indicó que fijara su atención en ella, a tiempo que manipulaba en unos mandos.

Se estremeció violentamente...

De forma difusa al principio y adquiriendo claridad después, apareció un objeto que flotaba en el infinito, objeto que iba aumentando en tamaño y nitidez.

Reconoció que aquel objeto era similar al globo terráqueo que, desde su uso de razón, lo contempló en el colegio y más tarde amplió conocimientos sobre el mismo a medida que sus estudios iban avanzando.

Podía apreciar a la perfección el color de sus aguas, en algunos tramos plateados; el verde de sus bosques que salpicaban como .manchas aquel globo...

Se volvió hacia su acompañante quien \e señaló con el dedo como queriéndole indicar si había reconocido aquello.

—Pritti, pritti...

Ella siguió mirando.

Allí estaba su mundo, su planeta; por allí estaría Jerry buscándola; allí se encontraban sus familiares y amigos y ella, en cambio, tan lejos…

—¿A qué enorme distancia me encontraré?

Fue la pregunta que surgió en su mente.

Aquella cuadriculada pantalla era enorme y de una nitidez asombrosa.

Después el extraño ser movió un selector con lentitud, para luego indicarle que fijara de nuevo su atención ante aquel cristal cuadriculado en cuyos laterales habían infinidad de cifras incomprensibles para ella, al igual que determinados signos convencionales.

Ante ella apareció otro mundo, parecido al que terminaba de ver, pero más grande, con diferencia de formato.

Cynthia se preguntó si se trataría de otro planeta habitable.

—Clordak, Clordak…

Repitió aquel ser con marcado interés, a tiempo que se señalaba el pecho.

La cosa estaba clara, la joven entendió que aquél era el planeta de ellos y quedó maravillada.

CAPITULO IV

El comandante astronauta Jerry Bennett todavía estuvo cierto tiempo en el lugar de los acontecimientos, por si se producía la eventualidad de la demanda del correspondiente rescate.

Por sus conocimientos, casi estaba seguro que aquello fue una nave espacial en la que se llevaron a su esposa.

Claro que, también cabía la posibilidad que en su sorpresa y aturdimiento, fuera lo que había apuntado la policía, que se la llevaran en un vehículo terrestre.

La incertidumbre le consumía y decidió abordar la cuestión por la vía directa.

Se presentó en el astrodomo donde estaba adscrito y solicitó audiencia con el general jefe Richard York.

Tras una espera prudencial, le fue anunciado que podía pasar.

—Señor, se presenta el comandante Jerry Bennett.

El general le recibió muy efusivo. Le conocía y le apreciaba por su talento y audacia, por sus éxitos en cuantas misiones le fueron encomendadas.

—¡Pero muchacho…! ¿No estabas con permiso y en tu luna de miel?

—Sí, señor. Pero graves acontecimientos me han incido a recurrir a usted.

—Caramba, muchacho. Te veo muy serio.

—El caso no es para menos, general York.

—Anda, siéntate... Te veo muy nervioso. ¿Qué te su- cede, Jerry?

—Mi mujer ha sido raptada. —¿No me digas...?

—Así es, señor. —¿Has recurrido a la policía?

—Sí, pero no han aclarado nada. Es más, creo que han dado crédito a una sola palabra mía y me han tomado por un alucinado o algo por el estilo. —¿Y cómo ha sido? —De la siguiente manera...

Le fue explicado cómo se desarrollaron los acontecimientos, del modo que desapareció su mujer, que él pudo ver una masa brillante en principio y oscura después perdiéndose en el espacio infinito...

Precisamente llevaba consigo un mapa detallado de la región, marcando con un círculo el lugar exacto y rumbo aproximado que tomó aquel artefacto o nave espacial.

—¿Estás seguro de haber visto todo eso? Con desaliento, Jerry le contestó: —Señor, hasta usted lo duda...

—No es que lo ponga en duda. Lo que persigo es una afirmación categórica.

—En ese caso, lo afirmo rotundamente. El general vio en él tanta seguridad que le prometió: —Bueno, veremos lo que se puede hacer. No te ocultó que tendremos que salvar muchos obstáculos y el principal, el de la Comisión de Vuelos que, como sabes, es en definitiva la que tiene la última palabra en autorizarlo o no.

El desaliento se plasmó de nuevo en las facciones de Jerry, quien manifestó:

—Pero esto llevará consigo una demora, una pérdida de tiempo precioso...

—No te desanimes, trataremos de acelerar el proceso. Te prometo ayudarte en todo.

—Gracias, señor.

—Ahora, que tú tendrás que someterte a un interrogatorio. Así que, con la misma sencillez a como me lo has contado todo, se lo expones a ellos.

—Seguiré sus indicaciones.

—Lo primero que tienes que hacer es descansar y alimentarte. Tu aspecto deja mucho que desear y tienes que recobrar fuerzas para resistir lo que te espera.

—Me es imposible, señor.

—Pues tienes que hacerlo, por ti mismo y por ella. ¿O es que quieres quedarte en tierra?

—¡Oh, no, no...! De ninguna de las maneras.

—Pues me temo que si no haces lo que te digo, al someterte a la revisión previa de vuelo, ya se encargarán los doctores de dictaminar que tus condiciones físicas y psíquicas no son las más adecuadas para

un viaje de esa índole.

Jerry Bennett sabía que, en efecto, aparte de la preparación científica del individuo, lo que también contaba en gran manera eran sus condiciones físicas.

En más de una ocasión se había dado el caso de tener que relevar a algún compañero de un servicio, por no reunir estas características.

—Prometo seguir sus consejos.

—Eso está mejor... Luego te encontrarás en perfectas condiciones para afrontar los interrogatorios y posteriormente preparar el viaje.

—Sí, señor.

—Pues ni una palabra más. Vete a descansar.

Jerry saludó militarmente y dando media vuelta, salió del despacho de su superior.

Un rayo de esperanza brillaba en sus ojos y sabía positivamente que el general Richard York pondría de su parte todo cuanto fuera posible para ayudarle.

Con estos pensamientos y con el recuerdo hacia su esposa, se dirigió a su alojamiento.

* * *

Las circunstancias se aliaron con Jerry Bennett. Lo que en un principio calificaron de casos vistos por mentes imaginativas y, por tanto, carentes de crédito, el haber llegado a conocimientos del Gobierno la desaparición de algunas personas, ordenaron se investigara sobre el caso.

La orden fue cursada al mismo general jefe del astródromo Richard York, a cuyas órdenes estaba el comandante Jerry Bennett.

El general le llamó con urgencia a su despacho y cuando le tuvo frente a él, le comunicó la nueva:

—Jerry, tengo buenas noticias para ti.

—¿De qué se trata, señor?

—He sido designado para efectuar una investigación sobre casos similares al tuyo. Jerry, con asombro, inquirió:

—¿Es que han habido otros casos?...

—Eso se desprende por lo que me han comunicado y lo que reflejan esta serie de documentos.

Y le señaló una carpeta que tenía sobre la mesa de su despacho.

Jerry Bennett se animó ante la nueva que terminaba de participarle el general y preguntó impetuoso:

—Así..., ¿podremos efectuar el vuelo inmediatamente, sin pérdida de tiempo?

—Un poco de calma, muchacho. No te impacientes... El general hizo una pausa, para proseguir:

—He convocado con urgencia a la Comisión de Vuelos y he ordenado a personal idóneo, la investigación de las zonas donde han sucedido la aparición de esas naves extrañas y que en algunos casos se han llevado a personas de nuestro planeta.

Todo el entusiasmo de Jerry se convirtió en desaliento y así lo manifestó:

—Pero, señor... Esto requerirá un tiempo, una demora en la salida...

—En efecto, requerirá un tiempo, pero como astronauta que eres, sabes bien que un vuelo de esa índole hay que planificarlo con meticuloso detalle, máxime como en esta ocasión que carecemos de datos concretos.

—Yo los puedo aportar, señor.

—No lo dudo, pero convendrás conmigo que si lo tuyo es confirmado por los demás casos, lo que tú puedas decir tendrá más efectividad.

Recapacitó sobre las palabras que le dijo su jefe, manifestando:

—Entiendo, señor. Pero tiene que comprender...

—Sí, comprendo a la perfección la impaciencia que te consume, pero no por forzar las cosas vas a lograr hallar antes el paradero de tu esposa. El espacio es infinito.

—Gracias, señor. Perdone mi impaciencia...

—No hay nada que perdonar, muchacho. Para que tengas el tiempo ocupado y no se te haga tan larga la espera, tú mismo dirigirás la investigación del área en que viste a ese artefacto elevarse.

—¿Cuándo puedo salir?

—Inmediatamente. Ya tienes al personal esperándote.

Jerry tragó saliva. Estaba emocionado por el interés que le demostraba su jefe.

Este prosiguió:

—Luego, con todos los resultados obtenidos, se expondrá a la Comisión de Vuelos para recabar su autorización.

Sin más que decir, Jerry se despidió y se encaminó hacia el lugar que le estaban esperando.

Sólo llegar, dio la orden de despegar, y no mucho más tarde se hallaban en el sitio, escenario de los acontecimientos a él sucedidos.

Jerry, lacónicamente, indicó:

—Aquí es.

Inmediatamente el personal especializado procedió a la investigación, una vez levantado el plano de la zona en que Jerry les fue señalando.

Recogieron muestras, tanto de hierbas como arbustos y tierra. Cada una de ellas la rotulaban con la correspondiente etiqueta.

El comandante Bennett, mientras tanto, no permanecía con los

brazos cruzados y por su cuenta iba recorriendo aquella zona de tan nefastos recuerdos.

Llegó a cierto punto en que el suelo estaba como calcinado, formando un círculo de un diámetro respetable, cuyo círculo, por una de sus partes, se alargaba para ir disminuyendo hasta terminar en un vértice.

Le llamó la atención esta particularidad, puesto que aquello no estaba cuando estuvo allí en compañía de la policía y se fueron 4sin una prueba que confirmara sus palabras.

Tomando como base el diámetro del círculo, se situó en dirección hacia donde iba disminuyendo el cono y comprobó que el vértice señalaba hacia el norte.

Convocó al personal que tenía a sus órdenes:

Fíjense bien en las características de esta zona. Todo ello está como quemado.

Uno de ellos manifestó:

—Sí, en efecto, parece que algo ígneo o corrosivo ha actuado sobre el suelo.

—Bien, recojan las muestras correspondientes, midan la extensión del círculo y cono, y fijen con exactitud la dirección del mismo. Sobre todo esto.

Remachó su interés en esta particularidad, puesto que ello le confirmaría que estaba en lo cierto de que aquella nave espacial partió hacia el norte.

Fue una jornada presidida por la actividad.

Jerry se mostraba incansable, acudía a unos y a otros para ayudarles en lo que fuera, haciéndoles fijar en detalles para mayor abundamiento de datos en el informe.

Sus esfuerzos estaban encaminados hacia una meta, el abreviar cuanto pudiera el dictamen de la Dirección de Vuelos y que quedaran convencidos que todo aquello no constituían meras fantasías suyas; que aquello era una triste realidad en cuanto a su persona se refería.

Los hombres que estaban a sus órdenes, en un principio estaban molestos por sus premuras, sin concederles tregua alguna e incitándoles a que terminaran cuanto antes.

Pero entre ellos había uno que conocía al comandante Bennett y les relató alguna de sus proezas espaciales y la consideración que gozaba de sus jefes inmediatos, por su reconocida valía: en todos los sentidos.

Eso hizo variar su actitud y sin replicar acogían todas sus indicaciones, las cuales, tenían que reconocerlo, eran de lo más acertadas, como si él fuera un hombre ducho en la materia.

Si hubieran estado enterados de su tragedia, a buen seguro que sus esfuerzos se redoblarían.

Pero de ello el único que estaba enterado, hasta aquel momento en la base, era el general en jefe, y más tarde lo sabría la Comisión de Vuelos, la cuál autorizaría su divulgación o que permaneciera en el silencio.

Le notificaron a Jerry:

—Comandante Bennett, consideramos que ya hemos concluido en nuestro trabajo. Tenemos material suficiente para su análisis y emitir el correspondiente informe que se nos ha solicitado.

—¿No se les ha escapado algún detalle que les pueda servir?

—No, señor. Con lo que tenemos es más que suficiente.

—En ese caso, regresemos a la base.

Se quedó un poco pensativo y luego expuso:

—Quisiera hacerles un ruego a título personal...

—Usted dirá, señor.

—Que no demoren el informe, que lo emitan cuanto antes.

—Con mucho gusto le complaceremos, comandante.

—Muchas gracias.

CAPITULO V

Fue el primero en regresar a la base, portador de las muestras y diseño detallado en un mapa del lugar investigado.

Todo ello fue llevado a los laboratorios para un minucioso examen para que, una vez efectuado el trabajo, presentar los resultados a la Comisión de Vuelos.

Entretanto, esta comisión y a instancias del general York, había comenzado a oír las declaraciones de las demás personas que manifestaron haber visto algo extraño y luminoso, en determinados momentos, así como aquellos familiares que habían tenido algún desaparecido.

En un principio la Comisión acogió con cierta reserva las declaraciones oídas hasta aquel momento, es más, se inclinaban a calificarlo de pura fantasía.

De este modo se lo anunciaron al general York, por mediación de su presidente:

—General, el caso está claro, una psicosis colectiva de ver naves extrañas se ha suscitado entre cierto número de personas. Así que consideramos que lo mejor será cerrar el caso para no perder más tiempo.

El general, pensando en Jerry, le replicó:

—No comparto sus teorías. Está el hecho evidente de la desaparición de personas.

El presidente esbozó una sonrisa y le contestó:

—General..., es muy significativo que se trate siempre de muchachas jóvenes, esposas o novias. Hay dos casos concretos en que

las «desaparecidas» han sido halladas posteriormente en compañía de otros hombres…

—De todos modos, considero que se precipitan en sus conclusiones.

—A los hechos me remito, general.

—No a todos. Falta por escuchar al comandante Bennet y, en última instancia, conocer los resultados de la investigación llevaba a cabo in situ, es decir, en el lugar de los hechos.

—Está bien, general, por complacerle escucharemos lo que nos dice el comandante Bennett. Pero de antemano le participo que será una pérdida de tiempo.

—Eso… al final lo confirmará o rectificará. ¿No le parece?

Un tanto molesto por las palabras del general, el presidente de la Comisión accedió:

—De acuerdo, oiremos a ese comandante. ¿Cuándo puede presentarse para prestar declaración?

—Inmediatamente. Está esperando que le llame.

—Pues hágalo y acabemos cuanto antes con esto. La Comisión se reunió de nuevo y en esta ocasión asistió el general como observador.

Jerry Bennett compareció y, luego del formulario de rigor, el presidente le invitó:

—Puede comenzar con la descripción de los hechos. Jerry inició su relato. Al cabo de un rato, le interrumpieron:

—Comandante, ¿no se dejaría influenciar por lo que le dijo su esposa al manifestarle que escuchaba voces extrañas?

Contestó rotundamente:

—No.

Otro de la Comisión le abordó:

—Ante el estado de excitación de su esposa, ¿está seguro que no compartió su psicosis?

—Seguro que no.

El presidente le invitó:

—Continúe.

Prosiguió en su narración y posteriormente nueva interrupción para preguntarle:

—Las relaciones entre usted y su mujer, ¿eran normales? Quiero decir, ¿no se había suscitado alguna diferencia entre ambos?

Jerry esbozó una triste sonrisa, correspondiendo a la pregunta con estas palabras:

—Señor, estando, como quien dice, disfrutando de las primeras horas matrimoniales, ¿cómo quiere que se susciten ya esas diferencias?

Una risita de circunstancias se plasmó en los rostros de los demás.

Pero el que había formulado aquella pregunta, no dio el brazo a

torcer:

—Le voy a exponer claramente a la conclusión que quería llegar. ¿No cree que su-mujer se haya ido con otro, encubriendo la fuga con esa pantomima?

El rostro de Jerry se endureció volviéndose lívido. Bien a las claras se pudo apreciar el esfuerzo tan enorme que tuvo que hacer para dominarse y no estallar con palabras disonantes por aquella impertinencia.

Pasaron unos segundos y cuando se consideró en pleno dominio, le contestó:

—En primer lugar, si usted es casado y fue al matrimonio enamorado y correspondido, sabrá positivamente que no da lugar a pensar en otro hombre o en otra mujer. En segundo lugar, no fue ninguna pantomima por presenciar yo mismo los hechos.

—Aun así, comandante, ha tardado unos segundos en contestar la pregunta. Luego es evidente que la duda se ha suscitado en usted.

—Señor, observo que es usted muy poco psicólogo.

—¿Por qué?

—Por la razón que hubiera captado que mi demora en contestarle, no ha sido otra cosa que un esfuerzo para serenarme y no corresponder con otra impertinencia a su pregunta.

El general York tuvo que llevarse la mano a la boca para ocultar su risa.

El presidente de la Comisión se vio obligado a intervenir para que la cuestión volviera a su cauce normal.

—Comandante, ¿está seguro de que aquel artefacto se trataba de una nave espacial y que se esfumó en el firmamento?

—Completamente. Por mis conocimientos en la materia, no puede quedarme duda alguna. Es más, añadiré que se trata de un vehículo de proporciones gigantescas.

Aún se prolongó más el interrogatorio y todos los esfuerzos de los componentes de aquella Comisión por hallar alguna contradicción, se vieron estrellados ante la invariabilidad de las contestaciones del comandante.

Todavía se suscitaron algunas fricciones, sobre todo con aquel que parecía haberse declarado su enemigo acérrimo.

Mas las juiciosas contestaciones de Jerry evitaron que aquello pudiera degenerar en un debate personal.

En estos momentos le fueron entregados a la Comisión los resultados de los análisis e investigación efectuada sobre los lugares de desaparición de personas en algunos casos o de simple presencia de aquellos artefactos en otros.

En todos ellos concurrían dos circunstancias sobresalientes por su notoriedad.

La primera era que se desprendía, de los análisis efectuados, la presencia de una sustancia química desconocida y que afectaba solamente a la zona chamuscada, deduciendo que ello era consecuencia de los gases desprendidos por los motores frenadores o impulsores de la nave.

La otra, la presencia invariable en todos los casos de aquel círculo de diámetro respetable que luego se iba estrechando en forma cónica para terminar en un vértice dirigido precisamente hacia el norte magnético de nuestro globo.

De todos los informes, el que más detalles aportó fue el que se efectuó bajo la dirección de Jerry y, por tanto, el que inclinó la balanza hacia la autorización de aquel vuelo.

El comandante Bennett había salido de la estancia en que estaba reunida la Comisión, cuyo presidente le rogó que esperara fuera para conocer el fallo.

Los segundos se le antojaban horas, tal era la impaciencia que le consumía.

Su estado de ánimo sufría alteraciones. Albergaba ciertas esperanzas, para luego sumirse en el pesimismo.

Por fin, tras aquella torturante espera, le anunciaron que podía pasar.

El presidente de la Comisión de Vuelos tomó la palabra:

—Comandante, tras estudiar los informes, escuchar las declaraciones de quienes han presenciado estos hechos, hemos tomado la decisión de autorizar el vuelo.

Jerry no pudo ocultar la alegría que le producía la noticia, y manifestó con emoción:

—Gracias, señor.

—Ahora bien, este vuelo será efectuado con la mayor discreción, de forma extraoficial. Del éxito o del fracaso, usted será el único responsable.

—Asumo gustoso toda la responsabilidad.

—El general York ya dispone de la oportuna autorización. Sólo nos resta desearle que tenga el mayor éxito en su empresa.

—Les repito las gracias, señores.

El general Richard York y el comandante Jerry Bennett, salieron juntos de la estancia para dirigirse al despacho del primero.

—¿Satisfecho por el resultado, muchacho?

—Sí, señor. Aunque... le confesaré que he tenido mis dudas, mis momentos de desaliento.

—¿Has pensado en quiénes te acompañarán?

—Sí, señor, el capitán Gorman y los tenientes Popper y Moore.

—Bueno, muchacho... Pues ahora de ti depende el salir cuanto antes.

—No lo demoraré. Con su permiso voy a reunirme con ellos para dejarlo todo ultimado.

—Comprendo tu impaciencia y te deseo un final feliz.

* * *

Convocó a sus subordinados que, más que esto, eran camaradas, puesto que habían pasado mucho tiempo juntos durante arriesgadas misiones a ellos encomendadas y resueltas favorablemente en la mayoría de los casos.

Les expuso la situación, el objetivo de aquel viaje, manifestándoles luego:

—No quiero que os dejéis influenciar por la parte personal que me atañe. En el caso presente, sois libres de aceptar o rechazar el tomar parte en la misión. Ahora bien, tanto si lo hacéis como no, esto ha de quedar en absoluto secreto.

Fue el capitán Claid Gorman quien habló por los demás compañeros:

—Nos ofendes con tus palabras, Jerry. Si en otras ocasiones hemos ido juntos por asuntos que no nos afectaban directamente, ¿cómo vamos a renunciar en lo que te atañe de forma tan personal?

Jerry manifestó, dejando entrever su satisfacción:

—Gracias, no esperaba menos de vosotros. Pero me sentía con la obligación de haceros esta indicación. Este viaje puede durar días, meses… Será como buscar una aguja en un pajar…

—Aunque así sea. Pues no faltaba más… Hasta que no encontremos a tu esposa, no cejaremos en nuestro empeño, aunque tengamos que estar vagando por el es- pació durante siglos.

Fue el teniente Hugo Popper el que se expresó con tanta vehemencia, a lo que repuso el capitán Claid Gorman:

—¡Hombre, tanto como eso!… A no ser que Matusalén nos otorgue su longevidad

—Tú siempre con los puntos sobre las íes… ¡Muy gracioso!

—Bien, si os parece vamos a planear el vuelo para que podamos salir cuanto antes.

—De acuerdo, Jerry.

Se dedicaron de lleno a aquellos preparativos en que cada uno tenía asignados su trabajo específico.

Por último efectuaron una conjunta comprobación de la astronave, de capacidad suficiente para seis personas y aunque no pertenecía al tipo de las grandes, aventajaba a éstas por su gran autonomía y fácil maniobrabilidad.

A primeras horas del amanecer, una cosmonave estaba dispuesta a surcar el espacio infinito, con rumbo hacia el norte magnético, pero

hacia arriba, hacia el cosmos.

Era con el único indicio que contaban y albergaba la esperanza el comandante de la nave, Jerry Bennett, que fuera la ruta que seguían los misteriosos artefactos, en particular aquel que le arrebató a su esposa.

Antes de partir, el mismo jefe de la base, general York, se presentó allí.

Los tripulantes se cuadraron ante su presencia en respetuoso saludo militar.

Les fue estrechando la mano, para luego desearles sinceramente:

—Muchachos, que tengáis un éxito completo en vuestra misión.

Jerry contestó por todos ellos:

—Gracias, señor.

Y sin más dilación subieron a bordo para ocupar sus respectivos puestos.

Momentos más tarde aquella nave se elevaba majestuosa, para ir adquiriendo más y más altura, más velocidad hacia un infinito plagado de enigmas y de esperanzas a la vez.

El planeta Tierra ya había quedado muy lejos, navegaban por el espacio exterior.

Se sucedieron las comprobaciones, los comunicados con la base sobre datos técnicos. Todo se deslizaba a la perfección, sin ningún fallo.

El comandante Bennett advirtió a sus compañeros:

—Ahora a prestar atención a cualquier cuerpo extraño. Tenemos que ser todo ojos y oídos en las señales que se produzcan.

—Descuida que así lo haremos, comandante.

CAPITULO VI

Había inquietud entre aquellos seres extraños que no paraban, que se movían con nerviosismo y que de pronto se arrastraban como culebras o indios al acecho, para penetrar por una abertura hacia unas cabinas de forma piramidal, puntiagudas y estrechas.

Chyntia ignoraba a qué era debida aquella inquietud de los seres a los que miraba con atención, debido al color peculiar de su piel, a su configuración...

Intentaría sacar el mejor partido de la situación, hacerse amiga de aquellos seres extraños, tratar de comprender su idioma o hacerse comprender.

Aquella agitación no cesaba y fue seguida de .una gran actividad, con idas y venidas, habladurías entre ellos.

Al poco rato, el que casi siempre se dirigía a ella se le aproximó.

Era inútil que le hablara, puesto que no entendía ni una palabra, pero aquel extraño, por lo que se desprendía, se había dado cuenta de

que la mejor manera de entenderse con ella era la mímica.

Y con sus tentáculos, aquellos dedos que ella había calificado de este modo, la cogió y la llevó hacia un enorme telescopio.

Chyntia obedeció, se dejó colocar frente al visor y miró por allí, preguntándose por qué su interés.

De pronto quedó como electrizada y todo su cuerpo se estremeció con violencia ante una emoción desconocida...

Una astronave vagaba por el espacio; sí, ella había visto aquel vehículo espacial en otras ocasiones, en directo, porque el mismo Jerry se los había enseñado en el astródromo o en los medios de difusión...

Una pregunta bullía en su mente, una vaga esperanza:

«Entonces..., ¿acaso vendrán en mi busca...?»

Su acompañante manipuló en un interruptor, en unos mandos, y una pantalla se iluminó apareciendo en ella la astronave que vio anteriormente por el telescopio.

Señaló en la pantalla aquel elemento en el espacio y luego la señaló a ella.

Estaba claro que quería decirle que la buscaban, que trataban de descubrir su paradero.

Cynthia se hubiera puesto a gritar de alegría, pero en aquel instante estaba tan emocionada, que de su garganta sólo salió una tenue exclamación, como un gemido:

—Jerry..., Jerry!

Aquel extraño ser esbozó, un gesto como si le sonriera y luego volvió a cogerla del brazo y se la llevó con él.

La joven no tuvo ni fuerzas para protestar, tal era su emoción, puesto que su deseo hubiera sido seguir contemplando aquello que le traía un rayo de esperanza.

Comprobó que la llevaba a una inmensa planicie cubierta por una bóveda traslúcida de la que partían, tomando a ésta como base, enormes y puntiagudas pirámides.

Caminaron un trecho más y se detuvieron sobre una plataforma.

Su acompañante manipuló en unos dispositivos y la plataforma fue descendiendo, camino de las profundidades de aquella tierra misteriosa.

Posteriormente se detuvo. Fueron a desembocar en una amplia nave subterránea, en cuyo centro, se hallaba el vehículo espacial que ya conocía.

Su guía habló con los otros e inmediatamente todos se pusieron en movimiento y aquella cosmonave comenzó a emitir sonidos y haces de luz.

Más tarde, una escotilla se abrió y subieron a bordo cinco personas de aquéllas y llevando consigo a Cynthia.

—¡Dios mío, Dios mío!… ¡Si al menos pudiera hablar con Jerry…, si pudiera hablar con él!… Me parece un sueño demasiado hermoso…

Supo que aquel artefacto se ponía en movimiento y, más tarde, a través de los ventanales fue penetrando luz, lo que significaba que salían hacia el exterior.

| Estaban ya suspendidos en el espacio y los que tripulaban la nave seguían hablando entre sí.

Cynthia creyó intuir que se dirigían al encuentro de la nave que le había enseñado su guía y que dentro de la cual iban hombres, hombres de su planeta y quizá con ellos Jerry…

Unas dudas le asaltaron sobre cómo podrían entregarla o de qué medios se valdrían para comunicarse entre ellos…

Cynthia miró a su alrededor. Aquel extraño vehículo tenía una forma ovoide, más alto en el centro, quizá para que aquellos hombres pudieran estar de pie en su interior, ya que tenían que doblegarse cuando se aproximaban a los lados.

Debía tener unos sesenta metros de diámetro mayor y unos diez de altura. En lo exterior era una superficie lisa, bruñida, algo tan fuera de lo corriente que a la fuerza tenía que desconcertar a quien lo viese.

También descubrió una puerta pequeña con la que no se fijó con anterioridad y que permanecía herméticamente cerrada.

Aquel hombre extraño le daba la impresión de que sabía lo que quería y adonde iban.

Manejaba los mandos con soltura y hablaba mirando al frente, fija su atención, como si estuvieran deslizándose por una ruta llena de escollos y tuviera que estar pendiente de ellos para no chocar con alguno, cuando en realidad sólo existía la inmensidad del espacio, a no ser que…

Cynthia se estremeció de pies a cabeza, inquiriendo:

—A no ser que… ¿Estará tratando de destrozar aquella nave y con ello a los que vayan dentro?

Estaba sobrecogida y prosiguió con sus preguntas sin respuesta:

—¿Serán ésas sus intenciones?… ¿Me habrán tomado como cebo para atrapar a esos hombres que han acudido en mi busca?…

¡Ojalá pudiera avisar a aquellos seres! ¡Ojalá pudiera pedir frenéticamente ayuda…!

Nadie le hacía el menor caso, ni la miraban, la ignoraban por completo. Parecía que su estado de excitación les tenía sin cuidado.

Únicamente quien la había atendido hasta entonces volvió ligeramente la cabeza hacia ella, para luego sumirse en su fija atención.

Ella comenzó a escuchar silbidos, llamadas que le resultaban totalmente extrañas…

Los hombres se habían puesto en acción, por mediación de

aparatos detectores con el lugar exacto que se hallaba la astronave.

El sistema nervioso de Cynthia estaba llegando a su imite y el agotamiento era tal, que creía morir cuando precisamente deseaba vivir...

Con esfuerzo logró dominarse, aunque en ocasiones le parecía que la reserva de aire se le agotaba y notaba síntomas de asfixia.

Era una visión trágica y extraña la de aquellos seres hablando entre sí de forma que ella no podía comprender, manipulando aquellos objetos que la ponían en un estado de tensión tan enorme como si, de un momento a otro, fueran a lanzarla al espacio con fines experimentales.

¿Y si su cuerpo iba flotando por las inmensidades que la rodeaban, como si fuera un meteorito más, hasta que se desintegrara?

Descubrió en la lejanía un punto oscuro y pensó que seguramente se trataba de lo que estaban deseando hallar.

Por una parte sentía mucha curiosidad por aquellos seres, descubrir cómo eran y cómo pensaban, pero por otra parte, reacción muy humana, se aferraba a la esperanza de que estos mismos seres la entregaran a los suyos.

Pero..., ¿cómo?

Miró a su alrededor queriendo hallar algún indicio que le diera la solución, tal como una escafandra o un vehículo pequeño para poder salir de aquella nave, de aquel interior y poder llegar a la otra...

Pero por allí no había nada que se le pareciera, ni traje, ni escafandra, ni vehículo.

También se preguntó:

—¿Acaso... aterrizarán de nuevo en la Tierra para dejarme allí?... Claro que pueden hacerlo, puesto que de ese lugar me raptaron...

Sus pensamientos eran un torbellino en los que se suscitaba la esperanza para luego recaer en el pesimismo.

—Pero si piensan hacerlo de este modo... ¿Por qué esperar precisamente a que alguien viniera al espacio? Igual hubieran podido llevarme al día siguiente o al otro...

Era lo más trágico y emocionante a la vez, que le había ocurrido en su vida.

Su mente no paraba, tenía que seguir pensando, estrujándose la cabeza sin conseguir aclarar lo que iba a suceder.

Contuvo el aliento para luego respirar profundamente y tratar de acallar un poco los fuertes latidos de su corazón.

Después a Cynthia se le ocurrió algo que llevó a la práctica inmediatamente.

Se arrastró como solían hacer ellos y se arrodilló ante el que parecía mandar en el vehículo, elevando las manos en actitud de súplica.

Cuando aquel ser la miró, esbozó un gesto patético y señaló la nave que se veía ya frente a ellos.

Aquellos ojos oblicuos se clavaron en los suyos. Las pupilas aquellas parecían carecer de expresión, solamente brillo, un brillo metálico.

—Quiero ir con ellos..., quiero ir con ellos. Seguramente mi esposo irá allí dentro...

Absurdo que mencionara tales cosas. No podía entenderla, no podía saber lo que les rogaba y deseaba...

Pero aquel ser extendió sus dedos extraños y señaló hacia donde Cynthia miraba, y luego señaló a ella.

La muchacha se quedó sorprendida. ¿Estaría intentando decirle que pensaban llevarla allí, que iban a entregarla? ¿Sería esto?

Luego cogió su brazo y la hizo levantar, para de nuevo señalar el objeto que flotaba en el espacio y después a ella.

La esperanza renació de nuevo en la joven.

—Sí, claro... Me quiere dar a entender que me van a llevar en compañía de ellos...

Suspiró y manifestó vehemente:

—Gracias, gracias...

Pero volvió a sentir como si el aire le faltara. Se llevó la mano a la garganta para hacer más patente aquel ahogo.

Entonces el hombre extraño le señaló el brazo, el lugar donde le inyectaban aquel líquido misterioso.

Luego le hizo un gesto negativo con la cabeza y le volvió a señalar la nave que desde allí se divisaba.

—¿Qué me querrá decir?... ¿Acaso que no pueden inyectarme para que respire en esta atmósfera de ellos porque voy a pasar a la mía? ¿Será esto?

Ella misma se daba las esperanzas:

—Sí, debe de ser esto, puesto que me están pasando

, los efectos de aclimatación a esta atmósfera y así, de este modo, podré vivir de nuevo en la mía.

¡Magnífico!... Le resultaba estupendo el suponer esto.

Inesperadamente oyó un silbido intenso y en una pantalla iluminada se vio perfectamente reflejada la nave espacial con pasmosa nitidez.

Cynthia estaba impresionada. Los aparatos de comunicación chasqueaban con sonidos extraños.

Uno de los allí presentes señaló la pantalla a Cynthia y luego una escotilla, como si quisiera indicarle que por allí la mandarían a los suyos.

CAPITULO VII

En la nave espacial terrícola se armó un gran revuelo…

—Fijaos en esto…

El teniente astronauta Hugo Popper señalaba la pantalla detectora.

—Un cuerpo extraño… Creo que estamos sobre la pista, comandante.

Todos se exaltaron y su atención se redobló ante aquello.

—¿Es posible que…? —Mirar, avanza hacia aquí…

—¿Supongo que no chocaremos…?

—Es de suponer que no, Gorman. De todos modos, hay que tener cuidado.

Después Jerry, con toda tranquilidad, le ordenó:

—Observa por el astrógrafo. Hay que dejar constancia de todo lo que ocurra.

La verdad era que aunque poseía gran autodominio, Jerry Bennett estaba más nervioso que nunca. Prestaba suma atención en aquello que denunciaba la pantalla de rastreo.

Todos se fijaron después en el auto corrector, que era un dispositivo provisto de detectores, así como pequeños cohetes auxiliares accionados por servomecanismos, con la misión de corregir los errores de orientación, dirección, etcétera.

¿Sería todo una falsa alarma?… Pero no, allí se veía claro, por lo tanto era una evidencia. Cerca de ellos existía un cuerpo extraño que se les aproximaba a gran velocidad.

—¡Allí!… —exclamó el capitán Claid Gorman.

Todos a una fijaron su atención en aquel punto. Era… una nave de forma ovoide, con un brillo metálico y que iba aumentando de tamaño por momentos.

—¡Eso es!… Es lo que vi aquella noche… Sí, exactamente…

—Y viene hacia aquí… ¡Va a chocar con nosotros!

La voz del teniente Paul Moore estaba llena de pánico. Los demás no pudieron proferir exclamación alguna.

Únicamente el comandante Jerry Bennett mantenía su sangre fría.

Evidentemente ésta parecía la intención de aquel extraño vehículo.

—Desviaremos nuestra ruta.

—Creo que… no te va a dar tiempo, comandante.

—Claro que sí.

Jerry tenía puesta su atención en aquello brillante y pensó que allí dentro podía estar su esposa, si es que todavía llevaban a Cynthia.

Una pregunta surgió en su mente:

«¿Cómo se las compondrán para entregármela, si es que la tienen a bordo?»

Súbitamente desvió la trayectoria de su astronave, evitando con

ello el choque que parecía inminente.

—¡Lo hemos logrado! —gritó Popper.

El comandante Jerry Bennett, en aquellos momentos se apercibió de un hecho.

Observó que aquel extraño vehículo que parecía dirigirse a toda velocidad contra ellos, se mantenía justo a una distancia de unos cincuenta metros de su posición y siguiendo su misma velocidad paralelamente, sin que, por el momento, demostrara intenciones de abordaje.

—¿Gorman...?

—Dime.

—Hazte cargo del mando de la nave. Voy a ponerme la escafandra. Quizá sea necesario que salga al exterior. Puede ser que... intenten comunicarse con nosotros para parlamentar...

Hubo un silencio, un espectacular silencio, y todos notaron que al tragar saliva la garganta les dolía.

Hugo Popper se comunicó con el planeta Tierra, con la base:

—Tenemos ante nosotros un vehículo extraño con las características que nuestro comandante nos ha descrito. Se ha detenido a unos cincuenta metros de nuestra nave. Ignoramos lo que va a pasar.

De la base contestaron:

—Esperen..., esperen a que ellos tomen la iniciativa. Estén a punto por si es necesario salir al exterior y re coger... lo que quieran entregarles.

En tanto el comandante Jerry Bennett, ya se había anticipado equipándose convenientemente.

No citaron nombres, pero no fue necesario. Todos comprendieron que la mención de aquella mujer estaba en su mente, pese a parecer que su nombre estaba vedado.

—Permanezcan a la escucha de las novedades que puedan producirse. Ignoramos lo que va a ocurrir. Sentimos la atracción de algo que va aminorando la velocidad de nuestra nave.

—No pierdan la serenidad, describan todo cuanto vean y, sobre todo, el perfecto funcionamiento del astrógrafo y las cámaras. Que tengamos una prueba de cuanto está ocurriendo.

La tensión a bordo era enorme y la incertidumbre tremenda, por tener que estar pendientes de aquella nave, pendientes de si reanudaba su veloz carrera para arremeter contra ellos o se mantenía a la distancia que estaba.

Por lo que pudiera ocurrir, Jerry ordenó a Paul Moore:

—Mantén a esa nave bajo el campo de acción del emisor de rayos destructores, por si acaso.

Acto seguido sucedió algo que les dejó atónitos, petrificados; algo

que de por sí resultó patético, terrorífico, desconcertante.

En aquella nave extraña se abrió una escotilla. Desde donde estaban, pudieron ver como una boca oscura y, más tarde, por aquella abertura salió flotando el cuerpo de una mujer.

—¡Cynthia! ¡Cynthia!...

El grito de Jerry Bennett puso escalofríos en los de- más astronautas, pese a que eran hombres preparados para cualquier eventualidad; pese a que eran unas personas cuidadosamente seleccionadas...

Pues pese a todo ello, se quedaron paralizados, casi; sin respiración y con los músculos tensos.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Qué ha sido ese grito?

Lo preguntaban desde la base.

—El cuerpo de una mujer flota en el espacio —contestó al cabo de un momento el teniente Hugo Popper al poder articular palabra.

—Pero, ¿cómo saben que es una mujer? ¿No lleva escafandra protectora?

—No, en absoluto.

—Entonces... estará muerta.

Esto mismo habían pensado los cuatro de a bordo pero nadie se atrevía a manifestarlo en voz alta.

El que un cuerpo flotara en el espacio, sin permanecer protegido por el traje espacial adecuado que le mantuviera fuera del peligro efe los rayos cósmicos, sin suministro de oxígeno, sólo podía tratarse de eso, que estuviera sin vida y lo lanzaran al exterior de la nave.

Dos de los astronautas intentaron sujetarle, puesto que parecía ir a lanzarse al espacio en busca de su esposa.

Hugo Popper y Paul Moore le indicaron:

—Estás muy nervioso, Jerry. Un fallo podría ser fatal. ¿Por qué no dejas que seamos uno de nosotros quien salga?

—No. He de hacerlo yo.

El capitán Claid Gorman, el mayor de los tres, manifestó:

—Jerry, será mejor que te quedes. Vuelve a hacerte cargo de la nave. Tú eres más experto en esto.

—He dicho que no.

Les costó mucho convencerle, pero al final cedió.

El mismo Gorman le aseguró:

—No te preocupes, yo saldré al espacio, la recogeré y la traeré aquí.

Gorman se dirigió a la esclusa de aire, un compartimiento con puertas herméticamente cerradas en sus dos extremos, permitiendo el paso entre dos medios que se hallen a presiones distintas.

Cuando un astronauta va a salir, automáticamente nivela la presión con el interior de la nave, luego se cierra la puerta hermética e

iguala la presión con el exterior ambiente.

De esta forma no desnivela la micro atmósfera que impera en el compartimiento ocupado por los demás cosmonautas.

De pronto Jerry exclamó:

—¡Está viva, mueve los brazos!...

Sus camaradas de vuelo pensaron que deliraba, que se lo hacía ver su imaginación, y miraron a su vez.

Volvieron a sentir como si un frío de muerte penetrara en ellos, como si algo misterioso e intangible se filtrara en su misma nave.

En efecto, comprobaron que la mujer movía los brazos, como si hiciera señas, a tiempo que seguía flotando en el espacio.

Gorman, una vez hubo abierto la puerta o escotilla del exterior y provisto de la correspondiente escafandra, se lanzó al espacio sujeto por el cordón umbilical que le mantendría en contacto con la nave ante posibles eventualidades.

Además de esta medida de seguridad, iba provisto de un pequeño elemento con cohetes propulsores, de plena autonomía, que le facilitarían el que se pudiera acercar a la mujer.

Desde la nave terrestre observaron su maniobra y quedaron con la respiración entrecortada, sobre todo Jerry, esperando el resultado de todo aquello.

En la base, también estaban pendientes de lo que estaba ocurriendo y presentían que una catástrofe se avecinaba.

Gorman accionó su pequeño vehículo espacial, que le fue acercando a la mujer que se mantenía como suspendida entre nubes y la llamó por su nombre, pero ella, naturalmente, no le contestó puesto que no le pudo oír.

Esto era de todo punto imposible puesto que el medio ambiente carecía de aire, único medio de propagación de sonidos aéreos.

Cuando ya estaba cerca de aquel cuerpo y alargó la mano, haciendo ella lo mismo y cuando parecía que iban a establecer contacto, inesperadamente de la rara nave emergió una manga ancha, con una gran boca, enorme, que originó un campo magnético de gran poder de atracción.

Entonces ella retiró la mano que estaba a punto de asirse de la del astronauta y éste, a su vez, se quedó inmóvil en el espacio.

La mujer gritó, él se pudo dar cuenta por sus gestos y volvió a alargar la mano.

En este momento pareció que aumentaba aquella fuerza atrayente que partía de la nave desconocida, y la mujer, como si una cuerda invisible sujetara su cintura, fue alejándose hacia aquel extraño vehículo hasta desaparecer en la escotilla por donde había hecho su aparición.

Gorman se quedó sin saber qué hacer.

Jerry, aun imponiéndose a su nerviosismo, al deseo de que rescatara a su mujer, le ordenó al capitán Gorman que regresara a bordo y así lo hizo sin esperar a que repitiera la orden.

Una vez efectuadas las maniobras inversas a las que efectuó y se hubo desprendido de la escafandra, manifestó jadeante:

—Se ha establecido como una corriente de aire o un campo magnético que me iba absorbiendo. He sentido la atracción que ejercía sobre mí y sólo medio metro más que hubiera avanzado, me hubiera cogido de lleno...

Pero sorprendió a todos la reacción del comandante Jerry Bennett, que lanzándose hacia la escafandra se la quiso poner.

—Yo iré, yo iré... No me importa que me lleven a esa nave, no me importa con tal de estar al lado de mi esposa. Y está viva, está viva...

Sus compañeros sé miraron sin saber qué actitud adoptar y el teniente Hugo Popper comunicó a la base:

—¿Siguen a la escucha?

—Sí. Nos estamos dando cuenta de lo que debe de suceder ahí.

—¿Qué hacemos...? ¿Le permitimos que salga al exterior?

Siguió un silencio, y luego la voz que venía de la Tierra manifestó, en tono tajante:

—No, sería un suicidio.

A lo que replicó Jerry:

—Yo quiero ir con mi esposa... ¡Vive!

—Ni siquiera sabemos si su esposa vive.

—La hemos visto moverse. De eso podemos dar fe nosotros —confirmó Popper, apoyando la afirmación de su comandante.

—Puede haber sido una sugestión o algún mecanismo que, al igual que la ha lanzado al espacio y hecho que volviera a la nave, haga también mover sus brazos. No es posible que un ser esté en ese medio ambiente, desprovisto de la protección necesaria.

—Quiero ir con mi esposa y deben permitírmelo.

—Sujétenlo y no lo consientan.

En aquel momento se dejó oír la voz del general York:

—Comandante Bennett, le ordeno que se abstenga de salir al espacio libre y que controle sus ímpetus.

Jerry tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para serenarse, y contestar:

—Sí, señor.

Miraron hacia el exterior. La mujer había desaparecido totalmente en el interior de aquel vehículo, que ya volvía a alejarse con la misma rapidez que se había acercado.

—Si perdemos su rastro, si no volvemos a encontrarlo...

—Ella estaba viva. Pude darme cuenta de ello...

Jerry ni escuchaba sus palabras, permanecía callado, con las

mandíbulas cuadradas por la fuerza con que las contraía. En aquellos momentos hubiera arremetido contra todos.

Mientras tanto, en la base permanecían a la escucha, preguntándose los mejores científicos si aquel grupo de hombres se habían vuelto locos.

Registraban sus palabras, tomaban anotaciones de su conversación, de lo que habían identificado, y pensaban que alguna anormalidad en el funcionamiento de la micro atmósfera del habitáculo, sería la causa de sus trastornos.

Creyeron si sería debido a un exceso de oxígeno y, por lo tanto, estarían como ebrios.

¿Qué pasaría allí? ¿Cómo podían creer que una mujer vagaba por el espacio y se mantuviera viva?

—¿Están bien? Confirmen datos.

Hugo Popper fue contestando a sus preguntas, a tiempo que el científico que los pedía iba efectuando comprobaciones.

Parecía que todo iba bien. Entonces, ¿qué es lo que pasaba? ¿Qué les estaba ocurriendo a los astronautas que no podían ellos comprender?

—Necesitamos ver las fotografías, ya que por televisión no se ha visto nada, seguramente debido a interferencias extrañas; necesitamos ver esa extraña nave que han mencionado...

Se estableció un silencio y tras transmitir Popper que todo había sido registrado por el astrógrafo y las cámaras de a bordo, cortaron la comunicación.

CAPITULO VIII

Mister Burton dijo a sus compañeros que estudiaban el caso con todo interés y llenos de perplejidad:

—Creo haber hallado la solución...

Le miraron interrogantes y le alentaron con un gesto a que continuara.

George Burton era un hombre delgado, con una prominente calva y mirada que denotaba su inteligencia.

Antes de decir lo que pensaba, miró a sus compañeros y luego manifestó:

—¿Han oído hablar de espejismo? Supongo que sí.

—Sí, claro...

—Pues bien, esto, unido a la influencia de creer ver algo que se está 'deseando, puede ejercer una psicosis a los que tienen a su alrededor.

—¿Quiere decir que el comandante Jerry Bennett ha creído ver a su esposa y...?

—Exacto. El ha estado deseando verla en aquello que flotaba en

el espacio y a fuerza de decirlo a los demás, les ha sugestionado.

—¿Y en cuanto al vehículo?

—Según tengo referencias, no ha hecho otra cosa que mencionarlo en sus declaraciones e igualmente lo habrá relatado a sus compañeros, por lo tanto ya estaban predispuestos a ello.

—Pero el resto de la tripulación lo ha confirmado.

—Sí, desde luego. ¡Quién sabe en qué estado se hallarán para llegar a ese extremo!… Aunque he de confesar que todos los datos referentes a sus condiciones físicas son normales. Tenemos que ordenarles el regreso.

Se originó un silencio entre los allí congregados.

A poco, continuó el mismo Burton:

—Es preciso que lo hagamos, de lo contrario, cuando se recupere la nave, lo único que encontraremos dentro será a cuatro trastornados.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué?

—Por la razón que se trata de cuatro de nuestros mejores hombres.

—No importa, no importa… Recuerden lo de una manzana podrida al lado de otras sanas…

—Doctor…, ¿usted cree…?

—No cabe otra explicación. Es científicamente imposible el que un ser pasee por el espacio sin protección alguna y se mantenga con vida.

—Estamos de acuerdo, mientras no se demuestre lo contrario. Nadie ha podido asomarse de no ir provisto de su equipo correspondiente.

George Burton abrió un voluminoso libro y se puso a leer con detenimiento.

Los demás pensaron que no era necesario recurrir a lo que pudieran decir los libros, puesto que aquel hecho imprevisible a todos cálculos, no tenía explicación. .

De pronto se miraron. La única explicación podría ser…

El científico Burton dijo en voz alta, lo que quizá estuvieran pensando los demás:

—Si esto extraordinario es una realidad…

—Sé lo que piensas…

Y el científico que miraba a Burton apretó con fuerza las manos, la una contra la otra.

—Ellos… ellos, quizá hayan descubierto el medio por el cual un ser pueda respirar en un lugar carente de atmósfera y el modo de contrarrestar la falta de presión sobre el organismo, que sin ella llegaría a estallar y por lo tanto desintegrarse.

—«Ellos»…, esos seres misteriosos… ¡Claro que podría ser!… Pero,

no, no acabo de creerlo.

—Estamos ante hechos palpables, ante descubrimientos que siempre hemos considerado producto de nuestra imaginación, de nuestra fantasía.

Burton hizo una pausa como asimilando bien lo que terminaba de decir y prosiguió en sus conclusiones:

—Pero el caso es que median tantas circunstancias que nos confirman su existencia... Entonces, ¿por qué no creer eso también?

—Tienes razón. El misterio del infinito, el misterio del espacio...

Los que componían aquella reunión escucharon estas palabras con atención y en cierto modo con una especie de recogimiento científicamente místico, como quien terminara de ver una aparición sobrenatural.

—Podría ser. La ciencia es infinita y nos queda tanto por descubrir y explorar...

—«Ellos» pueden estar más adelantados que nosotros. Vamos a efectuar un estudio profundo sobre el estado funcional de esos hombres metidos en la nave y a los que consideramos locos... O, ¿acaso tendremos que convencernos que los locos somos nosotros y no ellos...?

La incógnita quedaba en el aire y nadie se atrevía a confirmar o rechazar tal eventualidad.

Posteriormente volvieron a comunicarse con los astronautas y una vez recibida la señal de recepción, inquirieron:

—Digan... ¿Hay alguna novedad?

La contestación fue:

—No, no se ve nada. Nos hemos quedado solos puesto que el vehículo visitante ha desaparecido en el infinito.

Estas palabras fueron pronunciadas por el mismo comandante de la astronave Jerry Bennett, en las que se traslucía su mal humor y rabia a la vez.

—Permanezcan a la espera, y en el caso que reaparezca...

Se estableció un silencio. Habían cambiado de criterio y ahora les decían que siguieran allí.

Salvo Jerry, los demás pensaron que esa orden iba a ser, en cierta forma, como una condena a muerte, ya que ignoraban por completo de qué modo reaccionarían si aquel artefacto merodeaba la nave que ellos ocupaban.

En contrapartida, tenían plena confianza con su comandante y estaban dispuestos a, sacrificar su existencia, si preciso fuere y ayudarle en todo a la recuperación de su esposa.

—¿Qué debemos hacer en caso de que vuelvan?

Jerry lo inquirió un tanto socarrón.

—Salir de nuevo al espacio, pero... sin retroceder. Investigar

hasta el máximo.

Para sus adentros el comandante Bennett se dijo que no era necesario que le hicieran tal recomendación, puesto que él ya lo había decidido de este modo y entonces sería él mismo quien efectuara la salida.

Dirigieron su mirada hacia la pantalla de televisión y contemplaron la amplia curva de la Tierra y luego el inmenso espacio.

Los demás se miraron entre sí y Claid Gorman dijo, como si le costara un gran esfuerzo:

—Por primera vez... me doy cuenta de que he sido un cobarde...

—No digas semejante barbaridad. Hemos venido voluntariamente y con ello asumimos toda la responsabilidad de cuanto podamos hacer o nos ordenen hacerlo.

-De acuerdo, sí, pero al salir ahí, el fracasar en mi empeño...

—Si fuésemos cobardes no hubiéramos emprendido este viaje.

Desde la base estaban escuchando la conversación y hubo una intervención que resultaba una voz disgustada y alentadora a la vez:

—Aparten de sí esas ideas. Piensen en lo que significará su colaboración en pro de la ciencia, que redundará en el mundo entero; piensen lo que significará el poder cooperar en el descubrimiento de otros seres que tienen procedimientos desconocidos...

Una perorata muy emotiva..., pero ellos estaban influenciados por lo que habían presenciado y se encontraban abrumados.

De súbito escucharon algo raro y comprobaron los aparatos de a bordo

—Algún meteorito...

Lo habían dicho por mencionar algo, pero todos estaban seguros que podía tratarse de aquella nave que se les aproximaría de nuevo.

* * *

Las comunicaciones quedaron interceptadas y de nuevo notaron en la astronave aquellos golpes que fugazmente achacaron a meteoritos.

Jerry preguntó:

—Popper, ¿puedes decirme lo que pasa?

—No lo sé, comandante. En los aparatos de comunicación no se registra ninguna avería y, sin embargo, nos hemos quedado sin contacto con la Tierra.

—Insiste.

Fueron varios sus intentos, pero las comunicaciones seguían bloqueadas, desconociendo las causas que las perturbaban.

Al cabo de un rato, Popper manifestó:

—Es inútil, hay que rendirse a la evidencia. He hecho todas las pruebas sin resultado positivo. Estamos aislados por completo.

Jerry Bennett en el fondo casi se alegró de esta circunstancia, puesto que de este modo no podría recibir órdenes de la base y, en consecuencia, podría actuar en completa libertad.

Una nueva contrariedad les esperaba y fue que iban perdiendo velocidad.

Jerry se apercibió de ello al acelerar los motores impulsores, sin que éstos respondieran a su mandato.

—Moore, ¿tenemos alguna avería en los impulsores? No responden al grado de aceleración.

El aludido miró el cuadro electrónico, cerebro encargado de controlar el buen funcionamiento de cuantos motores disponían a bordo y también de registrar cualquier anomalía.

—Comandante, el cuadro no señala ninguna avería.

—Pues es un hecho evidente que la velocidad va disminuyendo.

—Bien, pues iré a echar un vistazo.

El teniente Paul Moore se levantó del lugar que ocupaba y se dirigió al compartimiento donde estaban situados los potentes impulsores.

Hugo Popper llamó exaltado:

—¡ Comandante!...

—Sí. ¿Qué pasa ahora, Popper?

—He captado la presencia de un cuerpo extraño.

Jerry se permitió bromear:

—¿No se tratará de algún meteorito que se te haya metido en el ojo?...

Y Popper, muy serio, sin darse cuenta de la broma, contestó:

—No, comandante, lo tengo localizado y se aproxima a nosotros a una velocidad endiablada.

Jerry, al momento se hizo la composición de lugar. Todas las circunstancias que concurrían las asoció con aquel cuerpo extraño, con la nave que les visitó y de la que vio emerger a Cynthia.

Ordenó a los componentes de la tripulación:

—Atención todos... Cada uno a su puesto y preparados para la defensa. Tengo la impresión que vamos a tener visita dentro de poco.

CAPITULO IX

El presentimiento de Jerry Bennett no tardó en ser una realidad.

A simple vista ya podían distinguir aquel punto que procedía del infinito, que se iba agrandando y tomando forma a medida que se acercaba a tremenda velocidad.

El comandante Bennett apremió:

—Moore, ¿qué pasa con los motores?

—No descubro nada anormal, comandante, pero no funcionan. Están completamente agarrotados.

—Me lo temía. Nos tienen controlados a distancia. Vente aquí con nosotros.

Cuando Moore se reunió con ellos, Jerry les expuso:

—He de comunicaros que estamos a merced de ellos.

—¿Y qué vamos a hacer, comandante?

—Por el momento, es doloroso reconocerlo, pero nada, Gorman.

—A la velocidad que se aproximan, nos van a hacer papilla.

—No creo que esto suceda, Popper, puesto que ellos también podrían sufrir las consecuencias.

—¿Y si hacemos uso de las armas, comandante?

—Sería contraproducente. Desconocemos su potencial y las intenciones que puedan guiarles.

—¿Nos vamos a cruzar de brazos?

—Eso no, Popper. Por de pronto hay que equiparse para un caso de emergencia.

Los demás se quedaron maravillados de la tranquilidad de su comandante.

No es que les viniera de nuevo, puesto que en otras ocasiones ya lo había demostrado, pero en el caso presente se trataba nada menos que de su esposa.

Salvo aquel momento en que el nerviosismo se apoderó de él, al querer ir personalmente a recuperarla, debido a una muy comprensiva impaciencia, posteriormente se sumió en una extraña calma.

Procedieron a colocarse los trajes espaciales con escafandra y todo, sin olvidarse de sus defensas personales.

En tanto, las distancias se iban acortando.

Podían ver cómo aquella nave iba tomando proporciones gigantescas, haciéndoles el efecto que se trataba de un enorme cetáceo y que de un momento a otro se iba a engullir un indefenso pececillo con ellos dentro.

La nave describió una curva para situarse en la parte delantera de la suya.

De aquella gran mole emergió la manga de inmensas proporciones que ya vieron cuando apareció Cynthia, sintiéndose atraídos primero, para luego ir adquiriendo gran velocidad.

El teniente Hugo Popper casi gritó:

—¡Comandante, nos están remolcando…! ¿Les disparo?

—No seas impulsivo, muchacho. ¿No ves que con ello se pueden empeorar las cosas?

—Sí, pero nos llevan con ellos y no sabemos…

—De haber querido hacernos daño, a estas alturas, ya lo hubieran hecho —le cortó Jerry.

—Sí, pero…, ¿nos vamos a comportar como simples conejillos de laboratorio?

Intervino el capitán Claid Gorman:

—¿Es que no sabes exponer más «sí, peros»? Si no estás conforme con la compañía, haces auto-stop cósmico. Cuando pase cualquier meteorito o cometa, lo paras y le dices que te lleve a casita con mamá, que aquí tienes mucho miedo.

—¿Miedo yo...?

—Claro, Popper... ¡Si estás temblando como el centelleo de una estrella...!

—¡Mal rayo te parta, vejestorio...!

La cosa no pasó a más, puesto que en esos momentos el comandante Jerry Bennett, exclamó:

—¡Eh, mirar...!

Todos fijaron su atención hacia el punto que les indicaba su comandante.

En la lejanía se divisaba una esfera que progresivamente iba aumentando de tamaño.

—¿Qué puede ser eso, comandante?

—La única explicación que cabe es que se trate de la existencia de un planeta.

Quedaron pensativos.

Para Jerry aquello significaba una esperanza y era la de encontrar en aquel lugar a su esposa.

Para los demás componentes de la tripulación, aquello constituía un enigma, una situación de la que no sabían cómo iban a salir.

Al llegar a las proximidades de aquel inesperado planeta, describieron una órbita a su alrededor, siempre tras la inmensa nave, para luego ir descendiendo.

El panorama que se presentaba ante sus ojos, era de lo más desconcertante.

Aquel suelo estaba erizado de pirámides triangulares de gran altura, sin que, por el momento, existiera un espacio libre para aterrizar.

Gorman comentó:

—Como no nos dejen suspendidos en las cúspides de las pirámides, no veo forma de tomar tierra o lo que Jerry aclaró:

—Yo, tal como están las cosas, diría tomar pirámide.

—Sí, pero... nos van a traspasar. Son como agujas.

Fue el otro teniente Paul Moore quien intervino en esta ocasión:

—Desde luego, Popper. Tú, por si acaso, hazte a un lado, no vayan a zurcirte...

Moore hablaba poco, pero, de vez en cuando, se solía destapar.

Las conjeturas pronto quedaron disipadas tras permanecer suspendidos encima de aquellas agujas, como había dicho Popper.

Pudieron ver cómo cierto número de pirámides se iban abatiendo

para ir ocupando una posición invertida, es decir, con la base hacia arriba y en los espacios que quedaban libres entre las de su alrededor, acoplándose perfectamente.

En poco espacio de tiempo, quedó al descubierto un cráter e iniciaron el descenso.

Al pasar cerca de aquella pared de forma circular, Jerry y los demás pudieron comprobar que las pirámides parecían estar constituidas de cuarzo y en algunas zonas completamente traslúcidas.

Fueron descendiendo más y más, hasta que se posaron en una inmensa sala perfectamente iluminada y de paredes muy brillantes, como de cristal.

La expectación que imperaba entre los astronautas era enorme, estaban pendientes de lo que pudiera su- ceder y sin atreverse a preguntar o emitir juicio alguno. A poco, salvo Jerry, todos quedaron atónitos de lo que estaban presenciando.

Unos seres extraños, altos y delgados, piel de tonalidad verdosa, cabeza pequeña con ojos un tanto saltones y oblicuos, extremidades superiores terminadas en manos cuyos dedos parecían tentáculos, fueron aproximándose a donde ellos estaban. Llevaban una indumentaria ajustada de brillo cristalino.

—Mira, comandante... ¿Qué es eso...?

Jerry no se inmutó lo más mínimo y contestó con la seguridad de no equivocarse:

—Si no ellos mismos, los que raptaron a mi esposa. —¡Por Júpiter, Saturno y los demás planetas...! ¡Si parecen sapos alargados enormemente!

—exclamó Gorman sin poderse contener a tiempo que su cara, como la de los demás, reflejaba síntomas de asombro y repulsión.

Cuando llegaron ante su astronave, por señas les indicaron que salieran.

El comandante Bennet dijo a sus muchachos:

—No les hagáis caso, haceros los desentendidos. Se mantuvieron impasibles ante la insistencia de aquellos seres que desde el exterior les invitaban a salir. Así estuvieron un buen rato y en vista de lo cual, seguramente por cansancio, dieron media vuelta y desaparecieron por donde habían venido.

Pero no se ausentaron por mucho tiempo. Aparecieron de nuevo y en esta ocasión acompañados por una muchacha.

El corazón de Jerry le dio un vuelco para luego latir violentamente y posteriormente recuperar su ritmo.

Por un momento supuso que sería Cynthia, pero aquella muchacha era morena y de su misma raza y bastante bonita por cierto.

Ante aquella visión, los rostros de Hugo Popper, Paul Moore y

Claid Gorman, se animaron ostensiblemente, sobre todo el- de Popper, que maquinalmente se compuso el traje espacial y adquiriendo un semblante interesante.

Gorman le dio un codazo a Moore, a tiempo que con la cabeza le indicaba que se fijara en Popper.

Ambos sonrieron muy significativamente.

En realidad no les extrañó la presencia de aquella muchacha, puesto que ya sabían que además de Cynthia habían desaparecido otras con anterioridad a ésta o posteriormente.

Se aproximaron más y la chica les habló:

—Astronautas, los clordaknos os ruegan que salgáis

A Jerry Bennet esto ya le gustó más, puesto que un ruego no constituía una orden.

No obstante, quiso saber:

—¿Qué garantías nos ofrecen?

La joven cambió unas palabras con ellos y luego, contestó:

—Os ofrecen seguir con vida, de lo contrario moriréis cuando hayáis consumido las reservas de oxígeno de que disponéis.

—¿Y si nos negamos a salir?

Nueva conversación de la joven con aquellos seres, para después informarles:

—Dicen que en tal caso se verán obligados a forzar la escotilla de salida o dejaros morir ahí dentro.

Jerry quedó pensativo, para luego exponerles a sus camaradas de vuelo:

—Tienen razón en una cosa, en lo concerniente al agotar el oxígeno si la estancia .de la nave se prolonga indefinidamente. En cuanto a obligarles a que forcejeen la salida, no creo que nos convenga puesto que podrían originar averías graves en nuestra nave y nos interesa mantenerla intacta para escapar cuando nos convenga.

—Sí, pero... ¿Y si se apoderan ellos de la misma para sus fines?

—«Sí, pero»

—dijo Popper— tiene razón, comandante.

—Lo tengo previsto, Gorman. Antes de abandonar la nave, Moore dispondrá el sistema de inutilización momentáneo y nadie podrá hacer uso de ella de no ser nosotros.

No habían caído en este detalle y quedaron en silencio un tanto avergonzados.

Menos mal que su comandante estaba en todo...

—Y bien, ¿qué contestáis?

Jerry Bennett, antes de tomar una decisión importante, le gustaba dialogar con su tripulación y en muchos casos, la experiencia le había enseñado que con este procedimiento, aparte de conocer sus opiniones, le sugerían ideas para una mejor solución.

En esta ocasión hubo unanimidad de criterio, al contestar:

—Lo que dispongas, comandante, bien hecho está.

—Pues mi opinión es que salgamos y luego, según las circunstancias, actuaremos.

Pareció que los visitantes se impacientaban, puesto que hablaron con la chica y ésta les preguntó:

—¿Qué habéis decidido, astronautas?

Jerry contestó por todos:

—Vamos a salir.

La joven comunicó lo que le habían dicho y tras un rato de conversación, les dirigió de nuevo la palabra:

—Dicen que salgáis con el traje y escafandra espacial, de lo contrario moriríais en el acto.

—De acuerdo, vamos a disponernos para la salida.

El comandante Bennett dijo esto para dar tiempo a Moore para aplicar el dispositivo especial de inutilización, puesto que ya iban todos equipados.

En cuanto Moore comunicó que había terminado, la escotilla fue abierta y la rampa de descenso hizo su aparición.

Jerry Bennett, al frente de sus hombres fueron descendiendo para luego aproximarse al grupo formado por la chica y aquellos seres extraños.

La acogida, por lo menos aparentemente, pareció ser cordial sin que se notara ningún síntoma de hostilidad.

La muchacha se presentó: ,

—Me llamo Sandie Lewis.

Jerry correspondió:

—Tanto gusto. Comandante Jerry Bennett, capitán Claid Gorman y tenientes Paul Moore y Hugo Popper.

Los aludidos fueron inclinando la cabeza a medida que les iba nombrando, acto al que correspondió la joven con una sonrisa.

Luego, con una jerga incomprensible para ellos, estuvo departiendo con el que parecía jefe del grupo.

Sandie les indicó:

—Síganme, por favor.

Todos se pusieron en movimiento, ellos delante con la joven y el que parecía el jefe y detrás los demás.

Los astronautas, aun teniendo buena estatura, parecían unos enanos al lado de aquellos larguiruchos seres.

Fueron pasando a través de altas y estrechas aberturas. Aquello era un verdadero laberinto.

Por fin desembocaron a una gran sala en cuyo centro había media esfera de paredes traslúcidas y recias.

Les condujeron hacia allí, donde una puerta permanecía abierta.

La muchacha les indicó:

—Pasen al interior.

—Pero...

Jerry iba a protestar, pero Sandie le cortó:

—Pasen, por favor. No les va a ocurrir nada.

Con cierta resignación se introdujeron en aquel espacio circular donde habían muchos aparatos y confortables asientos.

Una vez estuvieron los cuatro dentro, la puerta se cerró herméticamente.

Al poco rato, la misma Sandie les indicaba:

—Pueden desprenderse de la escafandra y traje espacial. Después, acomódense en los sillones.

Siguieron sus instrucciones y comprobaron que podían respirar normalmente, sin que ningún trastorno se les presentara.

El capitán Gorman comentó:

—¡Caramba...! Nos han metido en una confortable jaula.

A lo que replicó el teniente Popper:

—Sí, pero... a ver si sales desplumado.

—El único que puede salir de aquí desplumado, por tu especial condición, pollo, eres tú.

—¡Ja, ja...! No haber sido avaricioso por nacer antes. Ahora estás hecho un viejo carcamal, capitán.

—Si te doy un sopapo, mocoso, te pongo en órbita.

Jerry y Moore ya estaban acostumbrados a aquellas incruentas discusiones, en que el humor era la tónica imperante.

Se acomodaron en sus respectivos asientos y una extraña placidez les fue invadiendo hasta quedar completamente dormidos.

CAPITULO X

Fueron saliendo de su placentero sueño y el comandante Jerry Bennett se apercibió que la puerta de aquel recinto semiesférico estaba abierta.

Se palpó el cuerpo, se llevó las manos a la cabeza por notar cierta pesadez.

Al elevar los brazos, pudo darse cuenta de sendas punciones que antes no las tenía, al igual que los tenía al descubierto, cuando al despojarse del traje espacial las mangas de su chaquetilla llegaban hasta las muñecas.

Observó a su tripulación y todos estaban igual que él, con los brazos al aire y las huellas de punción. Cuando estuvo completamente despejado, se dirigió a sus compañeros de vuelo:

—¡Eh...! Ya está bien de sueño... ¡Arriba!

Fueron despejando la bruma que les mantenía aletargados, siendo el capitán Claid Gorman el primero en hablar:

—¿Qué ha pasado, comandante? ¡ —Pues sé lo mismo que tú, aunque entre sueños me ha parecido ver a esos seres aquí dentro manipulando con los aparatos y con nosotros.

—Sí, a mí me ha sucedido otro tanto, aunque no tengo plena seguridad...

En aquellos momentos los tenientes Hugo Popper y Claid Moore dieron señales de plena lucidez.

Popper preguntó:

—¿Dónde está...?

Gorman le miró extrañado e inquieto:

—Donde está... ¿Quién?

—¿Quién ha de ser...? La muchacha.

—¿Qué muchacha?

—¿Cuál ha de ser...? La que nos habló, la que ha estado conmigo prodigándome sus caricias, la que me decía... Bueno, eso a ti no te importa.

—¡Claro que me importa...! Comandante, ¿no ves al pipiolo éste...? Mientras nosotros durmiendo tan tranquilos, él por ahí de juerga, de perversión...

—Tienes razón, Gorman. Tendremos que vigilarlo y cortar las alas a este pajarito volador... Conque... te ha hecho compañía la chica, ¿eh?

Popper, ya completamente despejado y muy extrañado, dijo:

—Sí, pero... ¿Dónde está ella?

—¡Ya salió don «sí, pero...»! Tú sabrás dónde la has dejado, conquistador.

—Déjalo, Gorman. ¿No será un simple sueño, Popper

Y fue Paul Moore quien contestó por él:

—Pues claro que ha sido un sueño. ¡Qué más quisiera él!

—Si lo ha sido o no, lo cierto es que me ha parecido que Sandie estaba conmigo.

Ahora se expresó de forma muy convincente, sin bromear.

El comandante Jerry Bennett, ante sus palabras, dijo

—Dejemos esto. Después de todo, nadie de nosotros puede decir lo que ha sucedido mientras hemos estado inconscientes y, por lo tanto, podría darse el caso que Popper esté en lo cierto.

Gorman y Moore quedaron callados. Reconocieron que su comandante tenía razón, pues la realidad es que algo tuvieron que hacer con ellos puesto que la puerta estaba abierta.

La propia Sandie hizo acto de presencia, manifestando:

—Compruebo que se encuentran perfectamente. ¿No es así, comandante?

—Sí, eso parece. Pero..., ¿puede decirnos lo que han hecho con nosotros?

—Simplemente han sido sometidos a un proceso de vivencia y adaptación.

—¿Y para qué? ¿Acaso piensan retenernos?

—A eso no puedo contestar, comandante. Es cosa que decidirá el máximo mandatario de Clordak.

—¿Qué significa ese nombre?

—El del planeta donde están.

Desde que hizo acto de presencia la joven, Popper sólo tenía ojos para ella.

Morgan y Moore tampoco se quedaron atrás en esa admiración, ya que la muchacha, sin ser una extraordinaria belleza, poseía una atracción especial, ya fuera por su expresión o por su tipo que no era nada despreciable.

Jerry Bennett le preguntó:

—¿Cómo está aquí perteneciendo al planeta Tierra?

—No, no soy del planeta Tierra, soy una clordakna adaptada.

—¿Qué quiere decir con ello?

—¡Oh...! Es una historia... y ahora no tengo tiempo para relatarla. Vengan conmigo, por favor...

—Una última pregunta. ¿Conoce a una joven llamada Cynthia, rubia...?

Sandie se quedó pensativa, para luego contestar:

—Pues no. Conozco a varias jóvenes, pero por ese nombre, a ninguna. A no ser que sea la última iniciada...

—¿Qué significado tiene eso de iniciada?

—Comandante, usted ha dicho una última pregunta y ya se la he contestado.

—Por favor, es de suma importancia que me aclarara...

—Le prometo hacerlo en la primera ocasión. Pero ahora, nos esperan.

Los demás componentes de la tripulación de la nave terrícola permanecieron callados.

Ante la indecisión de todos ellos, Sandie les invitó:

—¿Vamos?

Y Jerry, como saliendo de sus pensamientos, replicó:

—Sí, vamos...

Siguieron a la muchacha, que les llevó por un intrincado laberinto de estrechas aberturas, hasta que desembocaron en una sala circular de reducidas dimensiones.

Un personaje estaba allí esperándoles, con una indumentaria más lujosa de las que habían visto hasta entonces.

Sandie presentó:

—El Gran Clor, jefe supremo de Clordak. Los astronautas terrícolas, comandante...

Fue nombrando uno a uno, a los que correspondía el personaje con una ligera inclinación de cabeza.

El jefe de Clordak tenía una constitución humana algo más parecida a la de ellos, aunque rebasaba más, de los dos metros de altura y de edad avanzada, sin poder calcular cuál sería.

Otra sorpresa se llevaron, la que les habló con su mismo idioma:

—Sean bienvenidos a nuestro planeta.

Les señaló unos asientos para que los ocuparan y una vez acomodados, continuó:

—Seguramente se preguntarán por qué les he hecho venir.

Jerry fue el que contestó:

—Sí, en efecto. Es lo que queremos saber.

—La explicación es muy sencilla. Existe un grupo de residentes aquí en Clordak que robó parte de nuestros inventos sobre vivencia en el espacio libre y adaptación indefinida a «otros ambientes. Digo en parte porque ignoran los procedimientos sobre la adaptación, puesto que está la fórmula en clave y no la han descifrado todavía. Esto es causa que originen gran número de víctimas.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—Muy sencillo. Cuantos intentos hemos efectuado de llegar hasta ellos y destruirlos, sólo se ha logrado liberar a un reducido número de personas de su planeta y de otros y conseguir que siguieran viviendo un porcentaje mínimo entre estos iniciados. Esto va en contra de nuestros principios y más sabiendo el fin que persiguen ellos que es el apoderarse del dominio del espacio sin parar en medios.

Sandie miró a Jerry, como indicándole que ya tenía explicada la palabra de iniciados.

—Bueno, pero todavía no sabemos…

—Un poco de paciencia, comandante Bennett. A todo vamos a llegar.

El Gran Clor hizo una pausa y prosiguió:

—Como le decía anteriormente, nosotros hemos fracasado y únicamente nos queda el recurso de ustedes para poder llegar sin sospechas a sus dominios. Sabemos que ellos han intentado capturarles utilizando como cebo a una mujer.

Jerry y los demás integrantes de la tripulación abrieron mucho los ojos y con extrañeza el comandante 3ennett preguntó:

—¿Pero no han sido ustedes los que han utilizado a mi esposa, los que la raptaron…?

—No, comandante. Todo ha sido obra de la camarilla de disidentes que van sembrando el terror por el infinito, no únicamente en el espacio en que está compre] dido su planeta, si no en los demás pertenecientes otras galaxias.

Ante estas manifestaciones, Jerry se animó.

—¿Tiene algún plan preconcebido?

—A eso íbamos. No voy a negarle que me alegra mucho la coincidencia de que raptaran a su esposa. Bueno, compréndame, no es que apruebe el acto, puesto que ellos lo hubieran hecho igual con otra persona.

—Sí, le comprendo. Siga, por favor.

—Ustedes han sido sometidos al proceso de supervivencia en el espacio, sin tener que utilizar medios protectores de ninguna clase, y a la adaptación indefinida del ambiente.

—Pero eso es imposible, señor.

—No lo es, comandante. Únicamente le citaré un prueba, su esposa. ¿No la han visto flotando en el espació sin medios de protección?

—En efecto, pero ignoramos si vive.

—Por esta parte, le aseguro que su salud no ha sufrido quebranto alguno.

Los astronautas quedaron anonadados. Estaban ante un hecho fantástico, maravilloso que revolucionaría la ciencia.

Jerry, a la alegría de saber que su esposa podía seguir con vida, que estaría cerca de él, aun sin saber dónde, le asaltó una duda.

—Señor, ha dicho que por esta parte puede vivir. ¿Es que existe otra?

—En efecto, y la más peligrosa. Se trata del procedimiento de adaptación al ambiente. Este es el secreto que no tienen ellos y por el que, como le he dicho anteriormente, les cuesta gran número de víctimas.

¿Por qué razón?

—Nuestro procedimiento es aplicar los dos sistemas conjuntamente, mientras que ellos, como lo desconocen, el sistema de adaptación lo aplican por separado, a dosis periódicas y al menor descuido, en cantidad y tiempo, acarrea la muerte de sus víctimas.

—¿Y cree usted que mi esposa...?

—Lo ignoro por completo. Únicamente he contestado a lo que sé.

—Sí, claro...

—Prosigamos con lo nuestro. Ellos tienen verdadero interés de atraparles, puesto que les ahorran un largo viaje. Cuando tuvimos noticias de su presencia en nuestra galaxia y las pretensiones de ellos, inmediatamente se me ocurrió el plan y por eso mandé a por ustedes.

Jerry miró a sus compañeros y les manifestó una vez más:

—Si queréis, podéis quedaros. Esto es una cuestión personal.

—Te equivocas, comandante. Si hemos venido hasta aquí, es porque quisimos. Así que no hay que hablar más sobre esta cuestión.

El Gran Clor manifestó:

—Admiro su consideración, comandante, y no me extraña la

lealtad de su gente hacia el jefe que los dirige.

Jerry, para ocultar su satisfacción, rogó:

—Siga exponiéndonos el plan, señor.

—Los dejaremos de nuevo con su astronave por el lugar donde les hallamos. Ellos, estoy seguro, intentarán su captura por las razones que les he expuesto.'

Déjense atrapar y luego... todo lo dejo en sus manos.

—Pero, señor... Si no por mí, necesito cierta seguridad para mis hombres. No tengo derecho de llevar a un sacrificio inútil.

—La mayor seguridad ya se las he proporcionad la vivencia y la adaptación. Esto les hará invulnerables.

—¿Quiere decir que nuestras vidas no peligrará aun y cuando pretendan hacernos daño?

—En efecto, eso quiero decir.

—Pero esto es imposible —adujo Gorman.

A lo que replicó el jefe de Clordak:

—Señores, creo que les he dado pruebas de que mis palabras se basan en hechos reales. Todos ustedes han visto a la esposa del comandante.

Jerry se justificó por todos:

—Perdone, señor, nuestras dudas. Todo ello es debido a la sorpresa por hallarnos ante unos hechos insólitos. Hasta la actualidad ignorábamos que cuan nos ha mencionado fuera una realidad. El exponerse espacio libre sin los medios adecuados, siempre lo hemos considerado mortal de necesidad.

—Efectivamente, así era. Nos ha costado mucho llegar a este final. Ello es el resultado de tenaces estudio de reiteradas pruebas, encaminado todo ello a evitar muertes inútiles a consecuencia de accidentes imprevistos o extravíos en el espacio.

Intervino el teniente Hugo Popper:

—Sí, pero..., en el último caso que ha citado, morir de inanición.

—No lo crea, muchacho. El espacio es infinito y por lo tanto, si todos los medios mecánicos fallan, siempre les cabe la posibilidad de posarse sobre otro planeta de cualquier galaxia o perteneciente a la misma de la que partieron.

Ante las palabras tan interesantes, ante los descubrimientos que les iba exponiendo el jefe del planeta Clordak, todos se habían olvidado de la presencia de Sandie.

Esta permanecía callada con la mirada fija en el comandante Jerry Bennett, alternando su atención con la del joven impulsivo Hugo Popper.

El Gran Clor habló de nuevo:

—Y bien... ¿Aceptan lo que les he propuesto?

—Sin lugar a dudas, señor.

—Sandie, mi fiel colaboradora, les guiará y pondrá en contacto con mis hombres para el mayor éxito de la empresa. En caso necesario, no duden en reclamar nuestra ayuda inmediatamente. No sabemos lo que puede ocurrir.

—Así lo haremos, señor... —le contestó Jerry, que entonces, de soslayo, advirtió la mirada de la muchacha fija en su persona, circunstancia que le produjo cierta desazón.

—Sandie, acompaña a los astronautas. Les deseo éxito en su empresa.

Tras darle las gracias, con estas palabras se dio por finalizada la entrevista y se dispusieron a seguir a la llamativa Sandie Lewis.

Nuevamente anduvieron por aquellos intrincados pasillos de aberturas altas y estrechas, hasta llegar a un recinto lleno de comodidades.

Sandie, con una seductora sonrisa, les dijo en general, aunque parecía dedicado exclusivamente al comandante:

—Pueden acomodarse y descansar. En el momento oportuno vendré a buscarle.

A Jerry no le pasó por alto aquello de «vendré a buscarle», pero, acto seguido, no le concedió la menor importancia.

CAPITULO XI

Al quedar solos, los comentarios se desataron.

—Pues esto es fenomenal, comandante. Poder estar en el espacio sin daño alguno...

—En efecto, sí que lo es, Gorman.

—Sí, pero..., dejando que sea un hecho que la falta de presión, la acción nociva de los rayos de un sol no cause daño alguno, ¿qué me decís de los meteoritos?

—No hay por qué temerles, Popper. Te metemos delante y con tu cabezota, hecha a prueba de martillo por su dureza, los desintegras anulando el peligro.

—Muy gracioso, Gorman... Sí, pero... te cedo el privilegio, ya que te corresponde por categoría y por número de años.

—¡Ya salió el «sí, pero...» de la edad...!

—Yo creo que sería más efectivo el poneros los dos en vanguardia. ¿No te parece, Moore?

—Tienes razón, comandante. El título de rompemeteoritos es adecuado a sus crestas, ya que ambos la rivalizan en dureza.

—¿Te das cuenta, Popper...? El mudo «herramienta», «el taller ambulante» ese, se ha confabulado con el comandante. A tus motores y a tus chismes, nene, que es lo único que entiendes.

Las bromas se fueron sucediendo por uno y por otro bando, para luego discutir pacíficamente sobre cuanto les había revelado el jefe de

aquel planeta desconocido.

En ello estaban, cuando les interrumpió la presencia de Sandie Lewis.

Pero la sorpresa fue que no veía sola, sino acompañada de otras tres jóvenes muy aceptables.

Sonriéndoles, manifestó:

—¿Han descansado...? Les traigo compañía para que se les haga más breve la estancia.

Los rostros de Gorman, Popper y Moore se iluminaron ante la presencia de aquellas jóvenes a quienes presentó Sandie:

—Mis compañeras Silvia, Doris y Jennie. El capitán Gorman y los tenientes Moore y Popper.

Los aludidos fueron inclinando la cabeza a guisa de saludo.

Luego, Sandie expresó como la cosa más natural:

—Voy a llevarme al comandante conmigo. Por eso les dejo bien acompañados.

Y cogiendo del brazo a Jerry Bennett, le invitó insinuante:

—¿Vamos, comandante?

—Cuando quiera.

Salieron de aquella estancia y se dirigieron a otra en la que, una vez penetraron, quedaron completamente aislados.

—Acomódese, comandante.

Jerry así lo hizo, mientras ella desaparecía en una habitación contigua.

Al poco reapareció Sandie ataviada con un ropaje transparente, a través del cual dejaba adivinar sus naturales encantos y mostrando una atracción especial que hasta entonces no viera en ella.

Con andares cimbreantes fue a sentarse al lado de él y comenzó:

—Te prometí que te contaría mi historia, Jerry, y voy a hacerlo.

A él le chocó aquella espontánea confianza y le correspondió del mismo modo:

—Sí, eso dijiste. Te confesaré que estoy intrigado por conocerla.

—Fui raptada de la Tierra siendo todavía niña...

—¿Pues no mencionaste que eres una clordakna adaptada?

—Compruebo que no lo has olvidado y me congratula...

Manifestó ella mimosa acercándose más a él, de forma que sus cuerpos se rozaron.

Jerry aceptó aquello como un hecho fortuito.

Siguió ella:

—Pero de hecho me considero de este país, de este mundo, puesto que han sido ellos quienes me han devuelto la vida, luego que me arrancaron de las manos de los disidentes.

—¿Y cómo no te han devuelto a la Tierra?

—Recuerdo como una sombra que mis padres murieron, cuando

se opusieron a que me llevaran.

—Pero eso no es suficiente razón para que te hayan retenido. Tendrás parientes.

—Lo ignoro. Lo único que sé es que fui creciendo entre ellos, los súbditos del Gran Clor, los leales, y me rodearon de todos los cuidados y atenciones. Este es el mundo que he conocido, sólo que...

Y apoyó su mano en la del comandante, mirándole con fijeza y existiendo en sus ojos un brillo especial.

Jerry, sustrayéndose a aquella mirada, preguntó repitiendo sus palabras:

—¿Sólo que...?

—Que fui haciéndome mujer y en mí se fueron despertando unas ansias desconocidas que no eran satisfechas por ellos tan diferentes a vosotros, a ti...

La muchacha se aproximó más a él. Con toda nitidez notaba la turgencia de su busto en el brazo, adivinaba la ansiedad que la consumía, su anhelo...

Jerry se puso en guardia, aquello no era lo que se imaginó.

¡El creyó que le llevaba a conferenciar con aquellos con quienes tenían que planear la operación...! ¡Menuda operación se le presentaba...!*

La situación se le hizo violenta. Si al menos hubiera permanecido soltero...

Se puso en pie, pero fue peor el remedio que la enfermedad.

Ella se levantó también y con frenesí se abrazó a él, prodigándole besos y palabras entrecortadas:

—Jerry..., me has gustado desde el primer instante... No he dejado de pensar en ti... Te necesito..., te necesito...

Su respiración era entrecortada, su desesperación se mostraba con toda intensidad.

Jerry la notaba incrustada en su cuerpo y, hombre al fin, notaba que se tambaleaba su voluntad, que sus instintos se despertaban y que si duraba más aquella situación, sucumbiría...

Sólo una voluntad férrea como la suya logró imponerse rechazando aquello que tan fácilmente le ofrecían y sin haber ido en su busca.

Con suavidad, pero con firmeza, t la fue separando, diciéndole;

—Sandie... Yo... te agradezco que haya despertado tu interés, pero me debo a otra mujer.

—¿Y qué tiene que ver eso? Yo te necesito...

—Comprende... Nuestros principios nos obligan a un comportamiento digno.

—La dignidad está en el comportamiento del macho ante la hembra.

—Tienes razón en lo que dices, pero no bajo la función que lo enfocas.

Ella, ya un tanto despechada por la negativa del comandante, le espetó:

—¿Acaso no eres hombre?

—Precisamente por considerarme como tal, es por lo que no quiero hacerte una desgraciada. Tú misma, el día de mañana, sentirías remordimiento.

—Desconozco por completo tu lenguaje. Yo sólo sé una cosa, que te necesito...

Y fue despojándose de sus vestiduras, ya de por sí transparentes.

Ante su pertinaz insistencia, Jerry Bennett ya había hecho de aquello cuestión de honor y era el no doblegarse a la exigencia de la hembra desesperada y permanecer fiel a su esposa.

Le gritó:

—¡Basta ya...! ¿Es que no hay en ti un ápice de pudor? ¿Desconoces los valores humanos y quieres comportarte como un ser irracional...?

Ella se detuvo en su tarea y le miró como asustada ante la potencia de aquella voz y la dureza en las facciones varoniles.

Jerry aprovechó el momento de desconcierto que había suscitado en ella para proseguir con voz más persuasiva:

—Tú eres bonita, Sandie... Si aquí no sientes inclinación alguna por los nativos, cuando termine esto, vente con nosotros a la Tierra y estoy seguro que algún hombre se enamorará de ti y entonces tu felicidad será un hecho en toda la extensión de la palabra.

Sandie, ya sea por rabia de verse rechazada, ya porque en algún punto de su ser existía algo de dignidad o remordimiento, lo cierto y seguro es que se puso a llorar desesperadamente.

Jerry no la interrumpió, dejó que diera rienda suelta de este modo a sus ímpetus y al cabo de un rato, ella, por propia iniciativa, se retiró de la estancia.

Cuando desapareció, el comandante Bennett dio un respiro de alivio, pero al mismo tiempo de satisfacción por su comportamiento. ¿Cómo iba a mancillar su luna de miel con una infidelidad?

Pasado un tiempo prudencial, Sandie reapareció vestida como cuando fue a por él y en su rostro no existían huellas de llanto, ni restos de aquella fogosidad que patentizó momentos antes.

Se mostró completamente serena y con una semisonrisa en sus bonitos labios.

Dijo con sencillez:

—Gracias, comandante... Cuando guste, podemos ir a reunimos con los hombres del Gran Clor... ¡Ah...! Le prometo reflexionar sobre su ofrecimiento.

Jerry le contestó con naturalidad, como si no hubiera acontecido todo aquello.

—Pues en marcha. Cuanto antes ultimemos detalles, más pronto entraremos en acción.

Sandie caminó delante de él para dirigirle y el comandante, de vez en cuando, la miraba y sonreía para sus adentros, complacido de haber podido resistir la tentación y al mismo tiempo pensando en su mujer a quien le brindaba aquella prueba de cariño.

* * *

En la conferencia con los hombres del Gran Clor y en la que Sandie sirvió de intérprete, al comandante le fueron facilitados toda clase de informes que creyó necesarios para llevar a un buen fin aquella operación.

Una vez hubo terminado y tras despedirse de aquellos seres allí congregados, se dirigieron Sandie y él al aposento donde dejara a sus hombres en compañía de las muchachas.

Jerry les anunció:

—Bueno, se ha terminado el descanso. Hay que preparar la nave para salir inmediatamente.

—Pues sí que es fatalidad, ahora que habíamos encontrado tan grata compañía...

—Si quieres, puedes quedarte, Gorman.

—No esperes eso de mí, comandante, Pero volveremos, ¿verdad?

—Esa es mi intención, así que despediros y en marcha. Señoritas, lamentaría que interpretaran mi actitud como una grosería.

Se fueron despidiendo de las jóvenes y hubo un momento que las miradas de Sandie y de Popper se encontraron. En éste no se había apartado de su mente el sueño que tuvo.

Ya a bordo de la astronave, Sandie les dejó con el deseo sincero de que triunfaran en su cometido.

La actividad que desarrollaron fue febril y momentos más tarde se hallaban en el espacio cósmico, camino de aquella zona que frecuentaba la nave desdiente.

Jerry les puso al corriente de cuanto habían hablado con aquellos seres y del plan que tenían que seguir, para concluir:

—Así que todos tenemos que estar muy alertas. Por primera providencia, colocaros el equipo espacial para cubrir apariencias.

—Sí, pero..., no es necesario...

Jerry le interrumpió:

—No seas cabezón, Popper. Esta circunstancia la han de desconocer ellos y constituirá nuestra mejor arma. ¿Comprendido?

—Sí, comandante.

—Pues terminar cuanto antes y cada cual a su puesto.

El tiempo iba transcurriendo y por allí no había señales de nave alguna. La impaciencia les consumía para luego dar paso a la desilusión.

El teniente Paul Moore apuntó:

—Comandante... ¿Y si sobrevolamos la zona donde se hallan los disidentes?

—No es conveniente, puesto que podrían sospechar que conocemos su escondrijo y con ello irse al traste todos los planes.

—Comprendo...

—No nos queda más remedio que esperar. Como comprenderéis, a mí me consume la impaciencia más que a nadie.

En efecto, sabían que eso era verdad y admiraron de nuevo a su comandante por sus muestras de y quedaron callados para no atormentarle con sus sugerencias.

Dieron por bien empleada la espera, cuando Popper anunció:

—Comandante, detecto un cuerpo extraño que bien podría tratarse de lo que esperamos.

—¡Ojalá sea de este modo...!

La suposición de un principio se confirmó en hecho real posteriormente.

La astronave de forma ovoide se hizo visible y por momentos iba aumentando de tamaño.

Como en otra ocasión, dio la impresión que iban a entrar en colisión, para detenerse a corta distancia.

Una mujer salió al espacio y el corazón de los astronautas aceleró sus latidos, sobre todo en Jerry, que centró toda su atención en aquella mujer que permanecía suspendida como si hilos invisibles la sujetaran.

Acto seguido, el comandante manifestó:

—No, no se trata de Cynthia...

Los demás confirmaron su aseveración. Pero un nefasto presentimiento se apoderó de todos, aunque trataron de no exteriorizarlo.

En vista que de la nave terrícola no salía nadie para ir en pos de la mujer, de la nave ovoide emergió aquella manga para succionar a bordo el «cebo» lanzado.

Posteriormente se aproximaron más a ellos y la manga la enfocaron hacia su nave.

Jerry notó la atracción que ejercían y trató de separarse, comprobando que los motores respondían a su mandato.

Entonces la nave ovoide acortó más la distancia y siempre con la manga succionadora dirigida a ellos.

Jerry de nuevo se separó, para darles la impresión que ofrecían

resistencia.

Esta operación de separación y posterior aproximación se repitió dos o tres veces, comprobando Jerry que en todo momento la nave que pilotaba respondía.

Este detalle le hizo suponer, mejor dicho, le confirmó que la astronave ovoide carecía del sistema de blocaje de motores.

Dejó al fin que les «atraparan» y la manga quedó pegada al costado de su nave como una ventosa.

Jerry comentó:

—Bueno..., la primera fase ha salido bien.

A través de las escotillas pudieron ver aquellos seres que ocupaban la nave de la que eran consentidos prisioneros, gesticulando y dando saltos como si estuvieran celebrando el triunfo conseguido.

Acto seguido emprendieron veloz carrera.

Jerry le ordenó a Popper:

—Emite la señal.

—Sí, comandante.

Hizo lo que le indicó, cuya señal quería decir: «Contacto».

—Comandante, recibida señal en Clordack y contestada con la otra: «Suerte».

—Gracias, Popper. Así ya sabrán que vamos de camino con los disidentes.

CAPITULO XII

No pasó mucho tiempo, cuando divisaron el planeta Clordak y en vez de describir una órbita a su alrededor, los llevaron directamente a un punto determinado para iniciar el descenso..

Jerry reconoció que se trataba de la región que le habían enseñado, comentando lacónicamente:

—Se trata de su guarida.

Siempre pegados a la nave ovoide, descendieron por una abertura, especie de cráter y libre de puntiagudas pirámides, para posteriormente posarse en el suelo.

Una vez allí, la manga de sujeción fue retirada y unos veinte seres de aquéllos rodearon la nave ocupada por los astronautas. -

Con gestos les indicaban que salieran.

Jerry les recomendó:

—Vamos a hacernos de rogar un rato. Que no vean la cosa fácil.

Desde fuera seguían gesticulando, pero ellos seguían impertérritos, como si no fuera nada con ellos.

Cansados de que no conseguían sus propósitos, unos cuantos se alejaron para volver luego con una máquina y herramientas.

Sus intenciones eran claras, el abrir un boquete en la nave para sacarlos de dentro.

Gorman comentó:

—Comandante, por lo que veo se imaginan que nuestra nave es una lata de conservas y van a proceder abrirla.

—Pues menudo besugo van a encontrar… —comentó Moore.

—Eso lo dirás por ti, ¿no? —replicó Gorman.

Jerry les cortó:

—Bueno, dejaros de tonterías y vamos a salir antes de que estropeen nuestro vehículo.

Con anterioridad ya lo habían dispuesto todo de forma que no pudieran hacer uso de la nave.

Los disidentes ya iban a emplear la máquina, cuando la escotilla se abrió deslizándose la rampa de acceso.

En el hueco apareció Jerry Bennett al frente de su tripulación, todos ellos equipados con traje espacial y escafandra.

Algunos de aquellos seres altos y delgados, de piel verdosa, se precipitaron hacia la rampa para impedirles que se encerraran de nuevo y luego, empujándoles les obligaron a descender.

Naturalmente, no opusieron resistencia, se dejaron conducir y tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no revolverse, ya que el trato que les prodigaban no era muy ortodoxo.

Les llevaron a un recinto y sin contemplaciones, les obligaron a que se acostaran en correspondientes especies de literas, indicándoles con señas que se quedaran allí, que durmieran.

Luego se fueron dejándoles solos y el recinto quedó a oscuras aunque la puerta, insólitamente, se la dejaron abierta.

Transcurrido un rato, el capitán Gorman se comunicó con su comandante:

—Jerry… ¿Te explicas esto…?

—Únicamente cabe una explicación, Gorman. Ellos saben que nuestras reservas de oxígeno son limitadas y esperan que las agotemos para manejarnos a su gusto.

—Sí, pero… ¿Cómo nos han dejado solos?

—Seguramente, Popper, por tener la seguridad de que no podemos marcharnos muy lejos.

—No lo comprendo, comandante. Dejarnos así…

—Moore, ya he apuntado anteriormente algunas causas y añadiré que también puede suceder que sea su período de descanso. No olvides que cuando llegamos oscurecía y a juzgar por el tiempo transcurrido, debe ser noche cerrada.

Tras un breve silencio, el comandante Jerry Bennett prosiguió:

—Por lo tanto, se nos presenta el momento propicio de actuar. ¿Gorman?

—A la orden.

—Con cautela, asómate y averigua si hay vigilancia exterior.

Sigilosamente se levantó de su improvisado lecho, fue hacia la puerta para volver acto seguido.

—Nadie hay ahí fuera, comandante.

—¡Magnífico...! Despojaros del equipo espacial y dejarlo inflado sobre las literas, como si estuviéramos dentro. Vamos a dar comienzo a la segunda fase.

En un momento dieron cumplimiento a lo ordenado y provistos de sus armas de rayos paralizadores, abandonaron el recinto siguiendo a su comandante.

Jerry fijó bien en su mente el plano que le mostraron los hombres del Gran Clor, por lo que con seguridad se encaminó hacia donde estaba el laboratorio, donde ocultaban la fórmula en clave.

Cuatro sombras furtivas iban deslizándose por aquellos pasadizos con profusión de precauciones.

El llegar hasta aquí, no únicamente representaba la recuperación de la fórmula de adaptación indefinida, sino encontrar a su esposa, si aún vivía..., puesto que anexo al mismo, se hallaba la estancia de experimentación..

Según le informaron, todos estos datos los poseían por mediación de algunos disidentes que fueron hechos prisioneros.

En esta sala de experimentación eran confinados todos los seres raptados en otros planetas, para poderles aplicar las dosis periódicas y que, al menor descuido, fallecían en un porcentaje muy elevado.

Llegaron a un punto próximo al laboratorio en que había uno de aquellos seres de centinela frente a una puerta.

Jerry, en silencio, les señaló aquel lugar.

Había otro camino para llegar al laboratorio, pero tenían que dar un rodeo para luego desembocar en el campo visual del centinela.

Se retiraron de allí y en voz baja el comandante Bennett les indicó:

—Vosotros, Gorman y Popper, os quedaréis en esta esquina vigilando al que monta guardia. Moore y yo nos iremos por otro camino para salir a la parte opuesta. La otra esquina cae más cerca del acceso al laboratorio. Por radio os comunicaré cuándo hemos llegado y entonces haced algo de ruido para llamar su atención, momento que aprovecharemos para irrumpir en el laboratorio. En caso necesario, no dudéis en hacer uso de las armas, pero si lo podéis evitar, mejor.

—Comprendido, comandante.

Gorman y Popper fueron a ocupar su lugar de observación y el comandante, junto con Moore, se perdieron en la oscuridad de aquel pasadizo.

Durante el trayecto de rodeo, Jerry tomó un camino equivocado, por lo que tuvieron que retroceder un buen trecho, para coger el que les conduciría a la otra esquina del laboratorio.

Mientras, Gorman y Popper vieron como el centinela era relevado, por lo que dedujeron que aquel puesto se trataba del cuerpo de guardia.

A ambos los segundos les parecían siglos, puesto que todavía no habían recibido señal de su comandante.

Por fin, por la diminuta emisora que llevaban, escuchó la llamada.

—Gorman al habla.

—Hemos llegado.

—Comandante, donde está el centinela me temo que es el cuerpo de guardia.

—Es una contrariedad, pero hay que arriesgarse. ¡Ahora!

Gorman y Popper emitieron un ruido gutural e inmediatamente el centinela se volvió, encaminándose hacia donde ellos estaban.

Ambos retrocedieron y se ocultaron en la esquina, con las armas preparadas por si era necesario utilizarlas.

El desplazamiento del centinela fue aprovechado por el comandante y Moore para introducirse en el laboratorio, cuya puerta, afortunadamente, estaba sin cerrar, aunque previsoramente el teniente Paul Moore llevaba lo necesario para abrirla. Era un técnico en mecánica y electrónica.

El centinela inspeccionó sin descubrir nada anormal, por lo que regresó a su punto inicial.

Gorman y Popper respiraron aliviados y a su vez volvieron a su puesto de observación para mantener bajo vigilancia al centinela.

Entre tanto, Jerry y Moore, agazapados entre mesas, bancos y estanterías repletas de los más variados utensilios de laboratorio, trataban de localizar el lugar secreto donde ocultaban lo que buscaban.

Palpando una de las paredes, un panel se deslizó, quedando a la vista un hueco en donde habían unos cuantos papeles.

Jerry susurró:

—¡Eh, Moore!... Ven aquí...

Cuando estuvo a su lado, le preguntó:

—¿No te parece una facilidad muy significativa el descuidar unos papeles que permanecen ocultos tras un panel?

—En efecto.,. Déjame inspeccionar, comandante.

Moore, con una calma pasmosa, se puso a mirar aquel marco, pero sin sobrepasarlo con la mano o el rostro.

Luego dictaminó:

—Tienen instalado un rudimentario sistema de los antiguos rayos láser, accionado por células fotógenas. De ahí que consideren que tienen buen guardián.

—¿Hay solución para anular su acción?

—Sí, llevo conmigo el generador de energía negativa que anulará sus efectos.

De uno de sus bolsillos, de los muchos que llevaba, lo que le valía el mote por sus compañeros de «taller ambulante», se sacó un aparato de diminutas dimensiones y provisto de un indicador, como un voltímetro.

Fijó dos bornes, uno en cada lado opuesto del marco, y lo puso en marcha, para luego indicar:

—Ya puedes meter la mano, comandante.

Jerry se sacó un papel que llevaba consigo y comenzó a registrar aquellos documentos.

Cuando ya le faltaban pocos por revisar, exclamó:

—¡Por fin!... Aquí está.

Se lo guardó y lo reemplazó por el otro, tal como estaba para no suscitar sospechas en el acto.

—Ya puedes desconectar tu apara tejo, Moore.

El aludido hizo lo que le indicó su comandante y, tras volver el panel a su sitio, se dirigieron a la puerta que daba acceso a la sala experimental.

Jerry Bennet fue a abrirla, lleno de palpitante emoción, pero ésta sí que estaba cerrada.

Atisbo a través de una mirilla y allí había varios lechos escalonados y ocupados por seres: unos permanecían inmóviles y otros se movían con pesadez. Todos estaban de cara hacia la puerta.

Con avidez miró uno y otro rostro, la mayoría de jóvenes mujeres, y casi dio un grito al descubrir unas facciones muy queridas adornadas por una abundante cabellera rubia.

Musitó roncamente:

—¡Cynthia! Pero, no se mueve... ¡Aprisa, Moore, abre esta puerta!

No era necesario que se lo indicara, puesto que éste, con su destreza característica, ya había bloqueado el sistema de alarma, muy bien disimulado, y procedía a anular el cierre.

Tan pronto como Jerry vio la puerta abierta, se olvidó de todas las precauciones y corrió hacia el lecho donde estaba su esposa.

Se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla desesperadamente, a tiempo que repetía su nombre sin cesar:

—¡Cynthia, Cynthia!... ¡Oh, Cynthia querida!...

Ella, sin abrir los ojos, musitó:

—¡Jerry!... ¡Oh, Jerry!...

Su voz se desvaneció y el comandante Bennett la llamó:

—Cynthia..., Cynthia... ¡Contesta!

- Mas ella nada dijo, sólo se llevaba la mano, con los dedos crispados, a la garganta y su respiración se hacía honda y prolongada, con estertores de muerte.

Jerry actuó inmediatamente.

—Moore, ayúdame a envolverla. Hay que llevarla inmediatamente a la nave…

—Pero, comandante, eso no puede ser…

—¿Cómo que no puede ser? ¡Por encima de todo! ¿No ves que se me muere?

Paul Moore iba a preguntarle qué conseguiría con llevársela, pero le vio tan apenado que no se atrevió a hacer la sugerencia.

E hizo bien, puesto que él ignoraba que en la nave, situado en su departamento secreto, le ofrecieron y aceptó la instalación de un reducido aparato para la adaptación indefinida, y que en caso de hallar a su esposa con vida le sería de gran utilidad.

Le explicaron también cómo debía de aplicarlo, cuyo manejo era de gran sencillez y sin peligro alguno.

La única parte más delicada era la punción en la vena, pero ellos estaban adiestrados para casos de intervenciones de urgencia.

Moore se limitó a ayudarle, con el convencimiento que únicamente se llevarían un cadáver, y lo sentía mucho, por su comandante y por su propia esposa.

Jerry se cargó al hombro a su mujer, saliendo apresuradamente de la estancia experimental.

—Deja la puerta como estaba antes, Moore. Aprisa y no pierdas tiempo.

—A la orden.

Mientras, Jerry entabló comunicación con Gorman:

—Dime, comandante.

—Todo perfecto. Tengo conmigo a Cynthia, pero está muy mal. En cuanto te avise, distraed al centinela. Moore está terminando el trabajo. No cortes.

—Estoy a la escucha,

Gorman atrajo a su lado a Popper, para anunciarle:

—El comandante ha conseguido su objetivo y tiene también a su esposa.

—¡Magnífico! Es todo un tío…

Iba a decirle lo demás, pero la voz de Jerry le interrumpió:

—¿Gorman?

—Escucho, comandante.

—Cuenta tres a partir de la señal. Vamos a salir…

—Un momento, comandante. Están efectuando el relevo de guardia.

—¡Maldita sea!… Más inoportunos no pueden ser. Avisadme en cuanto sea posible. No puedo perder tiempo…

—Así lo haré.

La espera se les antojó que duraba más de la cuenta, tanto a Jerry

como a Moore, dado que si alguien hacía acto de presencia en el laboratorio, quedarían descubiertos irremisiblemente.

Aunque les pareció mucho tiempo, a poco la voz de Gorman se dejó oír:

—Cuando quieras, Jerry.

—¡Ahora!

Mentalmente contó tres y dándole un codazo a Moore, abandonaron el laboratorio con su preciosa carga a cuestas y la fórmula en cuestión.

CAPITULO XIII

A toda prisa, hicieron el camino a la inversa.

De trecho en trecho, Moore se paraba para ocultar unos pequeños objetos.

Se trataba de explosivos de gran potencia con dispositivo de control a distancia.

Cuando se reunieron con Popper y Gorman, éste quiso hacerse cargo de Cynthia por suponer que su comandante estaría agotado, más que todo por las emociones sufridas al encontrar a la esposa.

—Gracias, Gorman, pero todavía puedo. ¿Habéis distribuido las cargas en este sector? —Sí, hemos ido «sembrando».

—Pues proseguid vuestro cometido camino de la astronave. Ya sabéis, sobre todo dominad bien los accesos donde está aparcada, sin olvidaros de la nave de ellos. —Así se hará.

—Pues en marcha. Tenemos ya la segunda fase. Con rapidez y con cautela al mismo tiempo, prosiguieron su camino guiados por el comandante, que era el único que conocía el lugar por los planos que le mostraron.

Los cuatro ignoraban el peligro que corrieron momentos antes, puesto que una ronda de vigilancia se asomó adonde los llevaron una vez desembarcaron de la nave, pero al ver si las literas estaban ocupadas y una vez convencidos de ello, prosiguieron su camino.

Así llegaron al acceso que desembocaba donde tenían aparcada la astronave.

En tanto, Cynthia se estremecía a consecuencia del ahogo que se había acentuado en aquellos momentos.

Gorman se adelantó para saber si el campo estaba despejado.

Al instante volvió, anunciando:

—Comandante, hay dos hombres montando guardia, uno en cada nave.

—¡Maldición!... Hemos perdido mucho tiempo y de un momento a otro pueden ponerse en movimiento y todos nuestros esfuerzos no nos van a servir de nada.

Gorman y Moore, paralizadlos. Procurad no fallar.

Los nombrados se apostaron a la abertura de acceso y cada uno eligió su blanco.

Con sumo cuidado apuntaron y casi al unísono sonaron dos chasquidos y sendos haces luminosos surcaron el espacio para ir a estrellarse en los pechos de los centinelas, que quedaron en la misma posición que estaban.

Gorman dijo:

—Camino libre, comandante.

Jerry se lanzó en veloz carrera hacia la nave, con la mujer a cuestas como si de una pluma se tratara.

Una vez en su interior, se dirigió al compartimiento secreto y a los pocos segundos ya había aplicado a Cynthia el adaptador indefinido.

Con ansiedad observaba su rostro amoratado, espiando su menor reacción.

Le pareció que su respiración se iba normalizando. Le tomó el pulso y, sí, lo iba notando más fuerte, hasta incluso el color iba volviendo paulatinamente a sus mejillas.

Por fin abrió los ojos, parpadeó dos o tres veces para ir agrandándolos y nombrarle como un susurro:

—¡Jerry!...

El, con el rostro iluminado por la esperanza, le dijo:

—Sí, querida... Soy yo... Ya no te separarás de mí, mi vida.

Por toda contestación, dos gruesas lágrimas tomaron forma en la curvatura media de sus párpados inferiores.

—Tranquilízate, querida... No te muevas. Esto te hará bien...

El le había cogido una mano y los dedos de la esposa se engarfiaron con los suyos, a tiempo que en su mirada existía como una velada súplica.

—Sí, querida, no temas... Estás conmigo, con tu Jerry...

En aquel momento se presentó Gorman, muy agitado, en busca del comandante. Moore le informó dónde le encontraría.

—Comandante, al ir a recuperar los trajes espaciales, nos han descubierto y la alarma ha cundido.

—Voy a abrir las compuertas. Popper y Moore que vengan a bordo.

Pretendió soltarse de la mano de su esposa, pero ésta no le dejaba.

—Vuelvo en seguida, querida. Es preciso que me ausente un momento. Gorman se quedará contigo.

Casi con brusquedad se libró de la mano que le retenía y a grandes zancadas se dirigió al exterior de la nave, para luego, en veloz carrera, encaminarse a una cabina de mando existente en aquel lugar de aparcamiento.

Ya estaba a punto de alcanzarla, cuando le cortaron el paso tres de aquellos altos y extraños seres.

No lo dudó un momento. Hizo uso de sus rayos paralizadores y los tres quedaron como estatuas.

Se introdujo en la cabina, accionó unas palancas y las compuertas de salida se descorrieron, dejando ver la tenue claridad del espacio libre.

Rápidamente colocó una carga explosiva y se volvió para regresar a la nave.

Pero tuvo que detenerse. En aquel momento los tenientes Popper y Moore hicieron acto de presencia e iban perseguidos por cuatro de aquellos larguiruchos. Apuntó con serenidad y paralizó a dos de los perseguidores. Los otros dos, ante la inesperada intervención del comandante, dieron media vuelta y emprendieron la huida.

Esta fracción de segundo fue aprovechada por Jerry para alcanzarlos con sus rayos.

Como una exhalación corrió hacia la nave y todavía tuvo que empujar a Popper para que entrara, siendo tal su ímpetu que éste dio de bruces en el suelo.

Accionó el sistema de cierre de la escotilla, a tiempo que se oía una estridente alarma.

Se fue a la cabina de mando de la astronave y conectó los motores.

Las cargas explosivas que fueron «sembrando», estaban fijados sus mecanismos de explosión a frecuencias determinadas, de forma que únicamente pudieran estallar una serie de ellas, según les conviniera.

Así, el comandante Jerry Bennett accionó la frecuencia de las instalaciones en todos los accesos al lugar donde estaban aparcados.

Su decisión no pudo ser más oportuna, puesto que en el momento de la explosión se vieron volar por los aires varios cuerpos.

No esperó a ver más. En brusco impulso hizo elevar a la astronave y cuando sobrepasaron el cráter de salida y estaban en el espacio libre, accionó la frecuencia correspondiente a las cargas fijadas en la nave ovoide.

Una gran explosión se produjo y su onda expansiva hizo tambalear su propia nave.

Sólo comentó:

—Tercera fase, cumplida.

Aplicó la navegación automática y corrió al lado de su esposa.

—Gorman, hazte cargo del mando. —Sí, comandante.

Cynthia estaba ya muy animada y le miró con ansiedad.

Jerry la besó con sumo cariño, diciéndole: —Sí, querida. Ya ha pasado todo. Ahora te puedo decir que no existe peligro alguno.

Ella correspondió a sus besos, sin poder dar crédito a que estaba

con su marido.

—¡Oh, Jerry!... He sufrido mucho...

—Tranquila... En el transcurso del tiempo, esto sólo te parecerá una pesadilla.

* * *

El teniente Hugo Popper, siguiendo las instrucciones de su comandante, transcribió la señal a los hombres del Gran Clor y que significaba: «Rescate logrado.»

Fue el Gran Clor quien contestó en persona:

—Mis felicitaciones. Mandamos escolta.

A bordo de la astronave terrícola imperaba la alegría después de la tensión pasada y el éxito obtenido.

Tanto Popper como Moore fueron a interesarse por el estado de Cynthia.

Esta les recibió con muestras de agradecimiento por lo que habían hecho por ella.

—Gracias por todos vuestros sacrificios.

—No tienes por qué darlas. Al único que se lo tienes que agradecer es al comandante reservón.

—¿Por qué dices eso, Popper?

—Por ocultarnos que llevaba este aparatejo a bordo. Aunque me alegra mucho por ti, Cynthia.

Jerry sonrió y se explicó:

—El Gran Clor me prometió el adaptador si yo le ofrecía las máximas garantías de que no caería en manos de los disidentes. Por eso lo hice instalar en el departamento secreto e incluso... mira lo que había puesto... por si fracasábamos en nuestro intento.

Y le enseñó una carga explosiva, de las que ellos utilizaron.

—¡Caray!... Has estado en todo, comandante.

En este momento anunció Gorman:

—Comandante, naves a la vista.

Miraron a través de la escotilla y, en efecto, dos naves se aproximaban a toda velocidad.

La expresión de Cynthia fue todo un poema: extrañeza, ansiedad, terror...

—¡Son ellos los que vuelven a por nosotros, Jerry!... ¡Son ellos!...

Jerry la tuvo que zarandear para que se calmara.

—No, querida... Estos son amigos.

Popper le confirmó:

—Sí, Cynthia, vienen a recibirnos, a darnos escolta.

Ante estas palabras, la tranquilidad volvió a ella.

Las naves describieron un círculo a su alrededor, para luego colocarse una a cada lado de la suya.

De este modo se dirigieron al punto de aterrizaje. El Gran Clor y Sandie, junto con un grupo de aquellos altos seres, les estaban esperando.

Cuando el comandante Jerry Bennett descendió de la nave, seguido por su tripulación, el Gran Clor le recibió con los brazos abiertos.

Sandie mostraba una luminosa sonrisa y más cuando se dirigió al teniente Popper y le obsequió con un beso.

Este quedó aturdido por aquel inesperado recibimiento y sólo pudo balbucir:

—Sí, pero…

Gorman y Moore, que se dieron cuenta de aquello, soltaron la carcajada.

El comandante entregó al Gran Clor la fórmula que tanto le preocupó y éste, con emocionadas palabras, le manifestó:

—No sabe cuánto le agradecemos, comandante, y a su tripulación, la valiosa ayuda que nos han prestado. Con ello han evitado el desprestigio de Clordak. Los disidentes han admitido la rendición incondicional y la entrega de cuantos rehenes tienen para experimentar. Todos ellos será tratados debidamente.

—Nos congratulamos de que haya dado el resultado apetecido.

—Gracias a su idea y audacia. Se resistieron en un principio, pero al comprobar que las explosiones se sucedían, han claudicado a nuestras exigencias.

—Yo también debo de darle las gracias por proporcionarme los medios para salvar a mi esposa.

—Justa compensación. ¿Y cómo se encuentra?

—En franca recuperación.

—De todos modos, voy a mandar a por ella para que la examinen nuestros especialistas. ¿Le parece bien?

Sandie quiso conocer a Cynthia, admirando su belleza y envidiándole la suerte de tener un esposo como Jerry Bennett.

Tras un breve descanso en Clordak, en que fueron altamente agasajados, emprendieron el regreso a la Tierra.

Como obsequio del Gran Clor, Jerry llevaba consigo aquellos adelantos que revolucionarían la ciencia y el tesoro más preciado para él, su esposa.

Sandie había decidido regresar y no se separaba de Popper, quien se mostraba altamente complacido, averiguando que, en efecto, ella le prodigó sus caricias cuando estaban inconscientes.

En el astródromo, un reducido número de personas les esperaban.

El general jefe de la base, Richard York, no pudo ocultar su gran satisfacción por tener a sus órdenes a hombres como aquéllos, y miraba a los demás que le acompañaban como diciéndoles:

«Para que veáis si confiaba en el comandante Bennett.»

Cuando descendieron de la astronave, el general efusivamente abrazó a Jerry y a su esposa, así como a los demás tripulantes, y al reparar en Sandie manifestó:

—Pero, bueno…, ¿esto qué es? ¿Os habéis dedicado a recoger mujeres en el espacio?

—Se trata de Sandie Lewis, general. Una astro-stop que hemos hallado por el camino —manifestó Gorman jocosamente.

—Sí, pero…, que será mi esposa —afirmó Popper.

Ya en el despacho del general y luego de relatarle sus aventuras, le dijo a Jerry:

—Bien, muchachos, os merecéis un buen descanso. Dispongo de una casita en un lugar tranquilo a orillas , del mar…

—¡¡¡No!!!

La exclamación fue unánime en ambos esposos.

FIN

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.